

SAN AGUSTÍN DE HIPONA

CONTRA LOS ACADÉMI- COS

Contra Academicos

SABBATISMUS

San Agustín de Hipona (354–430)
Contra Academicos · Contra los académicos

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego
(Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan
Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

TRES LIBROS CONTRA LOS ACADÉMICOS
DE SAN AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA. (C)*ADVERTENCIA SOBRE LOS SIGUIENTES TRES LIBROS
CONTRA LOS ACADÉMICOS.*

El orden correcto exige que los libros *Contra los Académicos* —que fueron los primeros de todos en ser revisados por Agustín y que precedieron a los demás (a excepción de la obra *Sobre lo Bello y lo Conveniente*, que, siendo un fruto de su juventud, pereció inmediatamente después de su publicación)— sean restituidos aquí a su lugar correspondiente. En efecto, habiendo el santo Doctor asimilado hace tiempo los argumentos de los académicos contra la percepción de la verdad, incluso cuando ya había alcanzado la verdad por la gracia de Dios, estos le causaban todavía alguna molestia. Para disolverlos, decidió no solo insistir privadamente en constantes meditaciones, sino también tener una disputa con sus amigos. Además, dividió esta colación, mantenida durante varios días, en tres libros y los envió a su conciudadano y mecenas, Romaniano, exhortándolo al estudio de la filosofía.

El primer libro presenta a Licencio y Trigecio enfrentándose entre sí, este último argumentando contra los Académicos, el primero a favor de ellos: si la vida bienaventurada debe situarse en el conocimiento de la verdad o, por el contrario, en su sola investigación. Allí se explica extensamente qué es el error y qué es la sabiduría.

En el segundo libro, San Agustín repasa las doctrinas de los Académicos; Alipio prosigue las diferencias entre la Antigua y la Nueva Academia. Se rebate la sentencia de estos filósofos, quienes, aunque pensaban que la verdad no podía ser aprehendida, profesaban sin embargo seguir lo verosímil (*veri simile*).

En el tercer libro, Alipio niega que la verdad pueda ser hallada según las partes asumidas; Agustín prueba que es conocida por el sabio, como aquel que al menos conoce la sabiduría. Aquí él mismo discute luego la definición de Zenón y refuta aquellos dos aforismos de los Académicos: Nada puede ser percibido y No se debe dar asentimiento a ninguna cosa. Dice finalmente que le parece que los Académicos no sintieron como comúnmente se cree que lo hicieron.

Escribió estos libros al comienzo de su conversión en la finca de Casiciaco, transcurridos, como él dice, muy pocos días desde que comenzó a vivir allí (Lib. 1, c. 1, n. 4); y así, hacia fines del año 386, cuando, habiendo renunciado a la profesión de retórica, se retiró allí para vacar totalmente a la purificación de su alma y prepararse dignamente para el sagrado Bautismo. Consulte la anotación en el lib. 3, c. 20.

SAN AGUSTÍN, EPÍST. 1, A HERMOGENIANO.

Yo no me atrevería a provocar a los Académicos ni siquiera en broma —pues ¿cuándo no me movería la autoridad de tan grandes hombres, a menos que pensara que fueron de una opinión muy diferente de lo que vulgarmente se cree?

Por lo cual, más bien los he imitado en cuanto pude, que impugnado, lo cual no puedo en absoluto. Pues me parece que convino bastante a los tiempos que, si algo sincero manaba de la fuente platónica, fuera conducido entre matorrales sombríos y espinosos para el pasto de poquísimos hombres, antes que, fluyendo por lugares abiertos, no pudiera de ningún modo mantenerse líquido y puro con el ganado irrumpiendo por todas partes Pero en este siglo, cuando ya no vemos filósofos, si no es quizá por el manto del cuerpo, a quienes por cierto difícilmente juzgaría dignos de tan venerable nombre; me parece que los hombres, si a algunos la sentencia de los Académicos los ha disuadido de la comprensión de las cosas por el ingenio de las palabras, deben ser devueltos a la esperanza de encontrar la verdad: para que aquello que fue acomodado por un tiempo para erradicar los errores más profundos, no empiece ya a ser un impedimento para la inserción de la ciencia Ciertamente, de cualquier modo que se hallen aquellas letras, no tanto me deleita que, como escribes, haya vencido a los Académicos (pues escribes esto quizá con más afecto que verdad); como el haberme roto esa odiosísima atadura por la cual me veía frenado del pecho de la filosofía por la desesperación de la verdad, que es el alimento del alma.

DEL LIB. XV SOBRE LA TRINIDAD, CAP. XII.

Contra los Académicos . . . que sostienen que el hombre nada puede saber . . . son nuestros tres libros, escritos en el primer tiempo de nuestra

conversión: los cuales, quien pudiere y quisiere leer, y los entendiere una vez leídos, de ningún modo lo conmoverán los muchos argumentos que por ellos han sido inventados contra la percepción de la verdad. Véase el libro Enchiridion, c. 20.

LIBRO PRIMERO.

Romaniano es incitado a la filosofía por el proemio de este libro, en el cual su hijo Licencio se enfrenta a Trigecio en tres disputas. Aquel defiende, a favor de los Académicos, que la vida bienaventurada consiste en la sola investigación de la verdad; este, por el contrario, sostiene que no consiste sino en la comprensión de la verdad. Entran en discusión la definición de error y también la definición de sabiduría, la cual se explica con lucidez.

CAPÍTULO PRIMERO.

Exhorta a Romaniano a la verdadera filosofía.

1. ¡Oh, si Romaniano, la virtud pudiera a su vez arrebatarse a la fortuna contraria un hombre apto para sí, tal como ella no permite que nadie le sea arrebatado! Ya ciertamente te habría echado la mano y, proclamando que eres de su propia jurisdicción y trasladándote a la posesión de los bienes más ciertos, no te permitiría servir ni siquiera a los sucesos prósperos. Pero como se ha dispuesto así, sea por nuestros méritos o por la necesidad de la naturaleza (Lib. 1 *Retract.*, c. 1, n. 2), que el puerto de la sabiduría de ningún modo reciba al alma divina inherente a los mortales —

donde no se movería ni por el soplo adverso de la fortuna ni por el favorable—, a menos que la misma fortuna, ya sea favorable o cuasi adversa, lo conduzca allí: nada más nos queda por ti que los votos, con los cuales alcancemos, si podemos, de aquel Dios a quien estas cosas preocupan, que te devuelva a ti mismo; pues así te devolverá fácilmente también a nosotros; y permita que esa mente tuya, que desde hace tiempo busca un respiro, emerja por fin a los aires de la verdadera libertad. Pues quizá lo que vulgarmente se llama fortuna se rige por un cierto orden oculto; y a ninguna otra cosa llamamos 'azar' en los asuntos, sino a aquello cuya razón y causa es secreta (Ibíd.): y nada, sea de provecho o de perjuicio, sucede en una parte que no convenga y concuerde con el universo. Esta sentencia, emitida por los oráculos de las más ricas doctrinas y alejada muchísimo del entendimiento de los profanos, la filosofía promete demostrarla a sus verdaderos amantes, a la cual te invito. Por lo cual, cuando te suceden muchas cosas indignas de tu alma, no te desprecies a ti mismo. Pues si la divina providencia se extiende hasta nosotros, lo cual no debe dudarse en absoluto, créeme, conviene que se actúe contigo como se está actuando. Pues habiendo entrado en la vida humana, plenísimas de todos los errores, con ese ingenio tan grande que siempre admiro, desde tu temprana adolescencia con un paso de la razón todavía débil y vacilante, te recibió la abundancia de las riquezas, la cual había empezado a absorber aquella edad y alma que seguía ávidamente lo que parecía bello y

honesto en remolinos seductores, si no te hubieran arrebatado de allí, estando casi sumergido, aquellos soplos de la fortuna que se consideran adversos.

2. ¿O es que si, ofreciendo tú juegos de osos y espectáculos nunca antes vistos allí a nuestros ciudadanos, el aplauso teatral siempre próspero te hubiera recibido; si fueras llevado al cielo por las voces unánimes y concordes de los hombres estultos, de quienes hay una inmensa multitud; si nadie se atrevera a ser tu enemigo; si las tablas municipales te señalaran en bronce como patrono no solo de los ciudadanos, sino también de los vecinos; si se colocaran estatuas, fluyeran honores, se añadieran incluso potestades que sobrepasaran la condición municipal; si en los banquetes cotidianos se dispusieran mesas opulentas; si lo que cada uno necesitara, o lo que incluso las delicias de cada uno sedientas buscaran, lo pidiera sin duda y lo bebiera sin duda, y muchas cosas se derramaran incluso para los que no piden; y si el patrimonio familiar mismo, administrado con diligencia y fidelidad por los tuyos, se mostrara idóneo y preparado para tan grandes gastos: tú entretanto vivieras en las más exquisitas masas de edificios, en el esplendor de los baños, en los dados que la honestidad no rechaza, en las cacerías, en los banquetes, y fueras pregonado como humanísimo, liberalísimo, mundísimo, fortunatísimo —como lo fuiste— en boca de los clientes, en boca de los ciudadanos y, finalmente, en boca de los pueblos: ¿alguien, Romaniano, alguien, te pregunto, se atrevería a

hacerte mención de otra vida bienaventurada, que es la única feliz? ¿alguien podría persuadirte no solo de que no eras feliz, sino de que eras tanto más miserable cuanto menos te lo parecías? Ahora, en cambio, ¡qué brevemente te han hecho ser advertido tantas y tan grandes adversidades como has padecido! Pues no se te debe persuadir con ejemplos ajenos de cuán fluidas y frágiles, y llenas de calamidades son todas las cosas que los mortales consideran bienes, habiéndolo experimentado tú tan bien por una parte que podemos persuadir a los demás a partir de tu caso.

3. Aquello, pues, aquello tuyo por lo cual siempre deseaste lo decoroso y honesto; por lo cual preferiste ser liberal antes que rico; por lo cual nunca deseaste ser más potente que más justo, y nunca cediste ante las adversidades y las maldades: eso mismo, digo, que es divino en ti y que ha sido adormecido por no sé qué sueño y letargo de esta vida, la secreta providencia ha decidido despertarlo mediante esos varios y duros vaivenes. Despierta, despierta, te lo ruego; créeme, te felicitarás mucho de que los dones de este mundo te hayan halagado con casi ninguna prosperidad de esas que atrapan a los incautos: las cuales pugnaban diariamente por capturarme a mí mismo mientras yo cantaba estas cosas, si un dolor de pecho no me hubiera obligado a arrojar mi ventosa profesión y a refugiarme en el regazo de la filosofía. Ella ahora me nutre y me fomenta en el ocio que vehementemente deseamos: ella me ha liberado totalmente de aquella superstición en la que me había lanzado de cabeza contigo. Pues

ella enseña, y enseña verdaderamente, que nada en absoluto debe ser adorado y que todo debe ser despreciado, cualquier cosa que se discierna con ojos mortales, cualquier cosa que alcance sentido alguno (Lib. 1 Retract., c. 1, n. 2). Ella promete que demostrará claramente al Dios más verdadero y secreto, y ya empieza a mostrarlo como a través de nubes lúcidas.

4. En este estudio vive con el mayor interés nuestro Licencio: a ella se ha convertido totalmente desde los atractivos y placeres juveniles, de modo que no me atrevo temerariamente a proponerlo a su padre como alguien a quien imitar. Pues es la filosofía de cuyos pechos ninguna edad se quejará de ser excluida; para incitarte a retenerla y beberla con más avidez, aunque conozco bien tu sed, he querido sin embargo enviarte un gusto, el cual pido no haber esperado en vano que te sea suavísimo y, por así decir, introductorio. Pues te he enviado la disputa que mantuvieron entre sí Trigecio y Licencio, puesta por escrito. Pues también aquel joven, como si la milicia se hubiera tomado algún tiempo para limpiar el hastío de las disciplinas, se nos ha restituido ardiente y voracísimo de las grandes y honestas artes. Transcurridos, pues, muy pocos días después de que empezamos a vivir en el campo, viendo que, al exhortarlos y animarlos a los estudios, estaban preparados más allá de lo que yo había deseado y verdaderamente ansiosos, quise probar qué podían según su edad: especialmente porque el libro Hortensio de Cicerón parecía haberlos ganado ya en gran parte para la filosofía.

Así pues, habiendo empleado un notario, para que los aires no dispersaran nuestro trabajo, no permitió que nada pereciera. Ciertamente, en este libro vas a leer los asuntos y sentencias de ellos, pero mis palabras e incluso las de Alipio. PRIMERA DISPUTA.

CAPÍTULO II.

Si para la vida bienaventurada es necesaria la comprensión de la verdad, o su sola investigación.

5. Habiéndonos, pues, congregado todos por mi exhortación en un mismo lugar para esto, donde pareció oportuno: "¿Acaso dudáis —dije— de que conviene que conozcamos lo verdadero?" "En absoluto", dijo Trigecio; y los demás indicaron con su mismo rostro que lo aprobaban. "¿Y si —dije— podemos ser bienaventurados incluso sin haber comprendido lo verdadero, juzgáis necesaria la comprensión de la verdad?" Aquí Alipio: "Considero más seguro para mí ser el juez de esta cuestión. Pues habiéndose fijado mi viaje a la ciudad, conviene que sea aliviado del peso de asumir parte alguna; al mismo tiempo que más fácilmente puedo delegar en alguien las funciones de juez que las de cualquier defensor. Por lo cual, de aquí en adelante no esperéis de mí nada a favor de ninguna de las dos partes". Habiéndole sido concedido esto por todos, y habiendo yo repetido la pregunta: "Ciertamente —dijo Trigecio— queremos ser bienaventurados; y si podemos llegar a esto sin la verdad, la verdad no debe ser buscada por nosotros". "¿Qué dices de esto

mismo? —dije—. ¿Consideráis que podemos ser bienaventurados incluso no habiendo hallado la verdad?" Entonces Licencio: "Podemos —dijo— si buscamos lo verdadero". Aquí, habiendo yo pedido con un gesto la opinión de los demás: "Me mueve —dijo Navigio— lo que ha dicho Licencio. Pues quizá esto mismo sea vivir bienaventuradamente: vivir en la investigación de la verdad". "Define, pues —dijo Trigecio—, qué es la vida bienaventurada, para que a partir de ello deduzca qué conviene responder". "¿Qué piensas tú —dije— que es vivir bienaventuradamente sino vivir según aquello que es lo mejor en el hombre?" "No soltaré palabras temerariamente —dijo—; pues pienso que tú mismo debes definirme qué es eso mejor". "¿Quién dudará —dije— que nada hay mejor en el hombre que aquella parte del alma a la cual, mientras domina, conviene que obedezcan todas las demás cosas que hay en el hombre? Esta, para que no pidas otra definición, puede llamarse mente o razón (Lib. 1 Retract., cap. 1, n. 2). Pero si no te parece así, busca cómo definirías tú mismo o la vida bienaventurada o lo mejor del hombre". "Asiento", dijo.

6. "¿Qué, pues? Para volver a lo propuesto —dije—, ¿te parece que puede vivirse bienaventuradamente no habiendo hallado la verdad, si solo se busca?" "Repito —dijo— aquella sentencia mía: De ningún modo me lo parece". "¿Vosotros qué opináis? —dije—". Entonces Licencio: "A mí me lo parece totalmente —dijo—; pues nuestros mayores, a quienes hemos recibido como sabios y bienaventurados, vivieron bien y bienaventura-

damente por el solo hecho de que buscaban la verdad". "Doy las gracias —dije— porque me habéis hecho juez con Alipio, de quien, lo confieso, empezaba ya a tener envidia. Puesto que, por tanto, a uno de vosotros le parece que la vida bienaventurada puede alcanzarse por la sola investigación de la verdad, y al otro no sino por su hallazgo —y Navigio mostró hace poco que quiere pasarse a tu bando, Licencio—, espero con gran interés ver qué clase de defensores de vuestras sentencias podéis ser. Pues el asunto es grande y dignísimo de una diligente discusión". "Si el asunto es grande —dijo Licencio—, desea hombres grandes". "No busques —dije—, especialmente en esta villa, lo que es difícil hallar en cualquier parte del mundo; sino explica más bien por qué te parece así aquello que por ti, no temerariamente según creo, ha sido propuesto y por qué razón; pues incluso los asuntos más grandes, cuando son buscados por los pequeños, suelen hacerlos grandes".

CAPÍTULO III.

Se defiende en favor de los académicos que la felicidad consiste en la investigación de la verdad.

7. "Puesto que veo —dijo— que nos instas grandemente a disputar uno contra otro, lo cual confío que desees por un fin útil; pregunto: ¿por qué no puede ser bienaventurado quien busca la verdad, aunque no la encuentre?". "Porque —dijo Trigecio— queremos que el bienaventurado sea perfecto en todo, un sabio." Pero quien todavía

busca, no es perfecto. Cómo puedes afirmar que este es bienaventurado, no lo veo en absoluto." Y aquel: "¿Puede tener para ti —dijo— vigencia la autoridad de los mayores?". "No la de todos —dijo Trigecio—". "¿De quiénes, pues?". Él: "De aquellos, por supuesto, que fueron sabios". Entonces Licencio: "¿No te parece sabio Carneades?". "Yo —dijo— no soy griego; no sé quién fue ese Carneades". "¿Qué piensas —dijo Licencio— de nuestro Cicerón?". Tras haber callado este largo tiempo: "Fue sabio —dijo—". Y el otro: "¿Luego su sentencia sobre este asunto tiene para ti algún peso?". "Lo tiene —dijo—". "Escucha, pues, cuál es, pues creo que se te ha olvidado." Pues a nuestro Cicerón le pareció que es bienaventurado quien investiga la verdad, aunque no pueda llegar a su hallazgo." "¿Dónde dijo esto Cicerón? —preguntó Trigecio—". Y Licencio: "¿Quién ignora que él afirmó vehementemente que nada puede ser percibido por el hombre, y que nada le queda al sabio sino la más diligente investigación de la verdad: por la razón de que, si asintiera a cosas inciertas, aunque tal vez fueran verdaderas, no podría verse libre de error, lo cual es la máxima culpa del sabio?" Por lo cual, si ha de creerse necesariamente que el sabio es bienaventurado, y la sola inquisición de la verdad es el perfecto oficio de la sabiduría; ¿por qué dudamos en considerar que la vida bienaventurada puede alcanzarse incluso por la investigación misma de la verdad?"

8. Entonces él dijo: "¿Se permite al fin volver de nuevo a aquellas cosas que fueron concedidas

temerariamente?". Aquí dije yo: "No suelen conceder esto aquellos a quienes impulsa a disputar no el deseo de hallar la verdad, sino la jactancia de un ingenio pueril." Por lo tanto, conmigo, especialmente mientras haya sed de nutrir y educar, no solo se concede, sino que quiero que tengáis entre vuestros preceptos que conviene volver a discutir aquello que hubierais concedido con demasiada incautela". Y Licencio: "No considero pequeño progreso en la filosofía —dijo— cuando el que disputa desprecia la victoria en comparación con el hallazgo de lo recto y lo verdadero." Por lo cual, obedezco gustoso a tus preceptos y sentencia, y permito a Trigecio volver a aquello que considera haber concedido temerariamente, pues el asunto es de mi competencia". Entonces Alipio: "Vosotros mismos reconocéis conmigo que todavía no es parte del oficio por mí asumido." Pero como una ya dispuesta partida me obliga a interrumpirlo, por mi parte también, mi colega en el juicio no rechazará para sí la doble potestad hasta mi regreso; pues veo que este certamen vuestro ha de prolongarse mucho". Y cuando se hubo marchado: "Expón —dijo Licencio— lo que habías concedido temerariamente". Y aquel: "Concedí temerariamente —dijo— que Cicerón fue sabio". "¿Luego Cicerón no fue sabio, por quien en lengua latina la filosofía fue tanto iniciada como perfeccionada?". "Aunque conceda —dijo— que fue sabio, no por ello apruebo todas sus cosas". "Y sin embargo conviene que refutes muchas otras cosas tuyas, para que no parezca que repruebas impudicamente esto de que se

trata". ¿Qué si estoy dispuesto a afirmar que solo en esto no sintió rectamente? Nada os importa a vosotros, según creo, a no ser de qué peso sean las razones que aporte para afirmar lo que quiero". "Prosigue —dijo aquel—. "¿Pues qué —dijo — me atrevería yo contra aquel que se profesa adversario de Cicerón?"

9. Aquí dijo Trigecio: "Quiero que atiendas, tú nuestro juez, a cómo definiste anteriormente la vida bienaventurada: pues dijiste que es bienaventurado aquel que vive según aquella parte del alma a la cual conviene que mande a las demás." Pero tú, Licencio, quiero que me concedas ya ahora (pues ya he sacudido aquel yugo de la autoridad por la libertad en la que la filosofía promete especialmente que nos reivindicará), que no es perfecto quien todavía busca la verdad". Entonces aquel, tras un largo silencio: "No lo concedo —dijo—. Y Trigecio: "¿Por qué, te ruego? Explícalo." Pues aquí estoy y ansío oír de qué modo puede un hombre ser perfecto y todavía buscar la verdad". Aquí dijo él: "Confieso que quien no ha llegado al fin no es perfecto." Pero creo que solo Dios conoce aquella verdad, o tal vez el alma del hombre cuando haya abandonado este cuerpo, esto es, esta tenebrosa cárcel." Pero el fin del hombre es buscar perfectamente la verdad: pues buscamos lo perfecto, pero sin embargo un hombre". Y Trigecio: "Luego el hombre no puede ser bienaventurado." Pues ¿cómo, si no puede alcanzar aquello que desea vivamente?" Pero el hombre puede vivir bienaventuradamente si en verdad puede vivir según aquella parte

del alma que es lícito que domine en el hombre." Luego puede hallar la verdad." O que se recoja y no desee la verdad, para que, cuando no pueda alcanzarla, no sea necesariamente miserable". "Pero esto mismo es lo bienaventurado del hombre —dijo aquel—: buscar perfectamente la verdad; pues esto es llegar al fin más allá del cual no puede progresar." Todo aquel, por tanto, que busca la verdad con menos instancia de la que conviene, ese no llega al fin del hombre; pero todo aquel que pone tanto esfuerzo en hallar la verdad cuanto el hombre puede y debe, ese, aunque no la halle, es bienaventurado; pues hace todo aquello para lo cual nació." Pero si faltara el hallazgo, faltaría lo que la naturaleza no dio." Por último, siendo necesario que el hombre sea o bienaventurado o miserable, ¿no es propio de un demente decir que es miserable aquel que día y noche insta cuanto puede en investigar la verdad?" Luego será bienaventurado." Además, aquella definición, según creo, me favorece más ampliamente: pues si es bienaventurado, como lo es, quien vive según aquella parte del alma a la cual conviene reinar sobre las demás, y esta parte se llama razón; pregunto si no vive según la razón quien busca perfectamente la verdad." Y si esto es absurdo, ¿por qué dudamos en llamar al hombre bienaventurado por la sola investigación de la verdad?"

CAPÍTULO IV.

Qué sea el error.

10. "A mí —dijo él— ni vivir según la razón, ni ser bienaventurado en absoluto, le parece nadie que yerre." Pero yerra todo el que siempre busca y no encuentra. De donde una de dos cosas ha de ser mostrada ahora por ti: o que el que yerra puede ser bienaventurado; o que aquel que nunca encuentra lo que busca, no yerra". Aquí aquel: "El bienaventurado no puede errar". Y habiendo callado largo tiempo: "Pero no yerra —dijo— cuando busca; porque para no errar, busca perfectamente". Y Trigecio: "Para no errar, ciertamente —dijo—, busca; pero yerra cuando no encuentra nada." Pero pensaste que te aprovecharía el que él no quiere errar, como si nadie errara contra su voluntad, o alguien en absoluto errara sino contra su voluntad". Entonces yo, cuando él dudaba largo tiempo qué responder: "Debéis definir —dije— qué es el error; pues podréis ver más fácilmente sus límites, en los cuales ya habéis entrado profundamente". "Yo —dijo Licencio— no soy idóneo para definir nada; aunque sea más fácil definir el error que ponerle fin". "Yo —dijo aquel— lo definiré; lo cual me es facilísimo, no por mi ingenio, sino por una causa óptima." Pues errar es ciertamente buscar siempre y nunca encontrar". "Yo —dijo Licencio—, si pudiera refutar fácilmente incluso esa definición, no habría faltado hace tiempo a mi causa." Pero puesto que, o bien la cosa misma es ardua por sí misma, o así me lo parece, os pido que se difiera la cuestión hasta la luz de mañana, por si nada pudiere hallar hoy que responder, mientras lo medito diligentemente conmigo mismo". Pensando yo que esto

debía concederse, no oponiéndose los demás, nos levantamos para ir a pasear; y mientras hablábamos entre nosotros muchas y variadas cosas, él estuvo absorto en sus pensamientos. Cuando sintió que esto era en vano, prefirió relajar el ánimo y mezclarse en nuestra conversación. Después, cuando ya anochecía, habían vuelto al mismo conflicto; pero impuse un límite y les persuadí de que permitieran que se difiriera para otro día. De allí, a los baños.

SEGUNDA DISPUTA.

11. Al día siguiente, habiéndonos sentado, dije: "Exponed lo que habíais empezado ayer". Entonces Licencio: "Habíamos diferido la disputa, si no me engaño, a petición mía, siendo para mí difícilísima la definición del error". "En esto ciertamente —dije— no erras; lo cual desearía gustoso que te sirviera de presagio para lo demás." Escucha, pues —dijo—, lo que habría expuesto incluso ayer si no hubieras intervenido." El error me parece ser la aprobación de lo falso por lo verdadero, en lo cual de ningún modo incide quien considera que la verdad ha de ser siempre buscada; pues no puede aprobar lo falso quien nada aprueba; por lo tanto, no puede errar." Y puede ser bienaventurado facilísimamente; pues, para no ir más lejos, si a nosotros mismos nos fuera lícito vivir a diario como nos fue lícito ayer, nada se me ocurre por lo que dudáramos en llamarnos bienaventurados." Pues vivimos con gran tranquilidad de espíritu, reivindicando el alma de toda mancha del cuerpo y alejadísimos de

las teas de los deseos, dando, cuanto al hombre es lícito, atención a la razón; esto es, viviendo según aquella parte divina del alma, que en la definición de ayer entre nosotros quedó convenido que es la vida bienaventurada; y, según creo, nada encontramos, sino que solo buscamos la verdad." Puede, por tanto, por la sola inquisición de la verdad, aunque no pueda encontrarla en absoluto, alcanzarse la vida bienaventurada por el hombre." Pues mira con qué facilidad tu definición es excluida por la noción común." Pues dijiste que errar es: Buscar siempre y nunca encontrar." ¿Qué si alguien nada busca e, interrogado, por ejemplo, si es ahora de día, temeraria e inmediatamente opinara y respondiera que es de noche? ¿No te parece que yerra?" Este género de error, por tanto, incluso el más monstruoso, no lo abarcó tu definición." ¿Qué si además abarcó a los que no yerran? ¿Puede haber alguna definición más viciosa?" Pues si alguien busca Alejandría y se dirige a ella por el camino recto, no creo que puedas llamarle errante." ¿Qué si emplea mucho tiempo en el mismo camino, impedido por varias causas, y le sobreviene la muerte en él? ¿No es cierto que buscó siempre y nunca encontró, y sin embargo no erró?" "No buscó siempre —dijo aquel—".

12. "Dices bien —dijo Licencio— y bien me adviertes." Por lo cual, tu definición no pertenece en absoluto al asunto: pues yo no dije que es bienaventurado quien siempre busca la verdad." Lo cual ni siquiera puede suceder: primero, porque el hombre no existe siempre; después,

porque no desde el tiempo en que empieza a ser hombre puede ya, impedido por la edad, buscar la verdad." O si crees que ha de decirse siempre, si no permite que perezca nada del tiempo en que ya puede buscar, de nuevo has de volver a Alejandría." Supón, pues, que alguien, desde el tiempo en que se le permite por la edad o por el negocio emprender el camino, empieza a recorrer aquella vía y, como dije arriba, aunque no se desvíe a ninguna parte, sin embargo fallece antes de llegar; mucho errarás sin duda si te parece que este ha errado, aunque todo el tiempo que pudo, ni dejó de buscar, ni pudo encontrar a donde se dirigía." Por lo cual, si tanto mi descripción es verdadera, y según ella no yerra aquel que busca perfectamente, aunque no encuentre la verdad, y es bienaventurado por esa razón, de que vive según la razón; pero tu definición o bien es frustrada, o si no lo fuera, nada debería cuidarme de ella, si por solo aquello que yo definí, la causa está suficientemente establecida; ¿por qué, pregunto, no está todavía disuelta esta cuestión entre nosotros?"

CAPÍTULO V.

Qué sea la sabiduría.

13. Aquí Trigecio: "¿Concedes —dijo— que la sabiduría es el camino recto de la vida?". "Lo concedo, sin duda —dijo—; pero sin embargo quiero que me definas la sabiduría, para que sepa si te parece lo mismo que a mí". Y aquel: "¿Te parece —dijo— que está poco definida por esto

mismo que ahora has sido preguntado?" Pues también concediste lo que yo quería. Pues si no me engaño, no falsamente la sabiduría es llamada el camino recto de la vida". Entonces Licencio: "Nada me parece tan ridículo como esa definición —dijo—. "Tal vez —dijo aquel—; sin embargo, poco a poco, te ruego, para que la razón preceda a tu risa; pues nada hay más feo que una risa digna de irrisión." Pues ¿qué? —dijo aquel—, ¿no confiesas que la muerte es contraria a la vida?" "Lo confieso —dijo—. "Para mí, por tanto —dijo aquel—, ningún camino de la vida me parece más tal que aquel por el cual cada uno camina para no caer en la muerte". Trigecio asentía. "Luego si un viajero, evitando un atajo que oyó que estaba ocupado por ladrones, continúa yendo recto, y así evita la muerte, ¿no ha seguido tanto un camino de la vida como uno recto, y nadie llama a eso sabiduría?" ¿Cómo, pues, todo camino recto de la vida es sabiduría?" Pues concedí que lo es, pero no solo él. Pero la definición no debió abarcar nada que fuera ajeno. Por lo tanto, define de nuevo, si te place, qué te parece que es la sabiduría."

14. Calló él largo tiempo; después: "He aquí —dijo—, defino de nuevo, si tú has decidido no terminar nunca esto." La sabiduría es el camino recto que conduce a la verdad". "Del mismo modo también esto —dijo aquel— es refutado: pues mientras en Virgilio le fue dicho a Eneas por su madre: 'Solo prosigue y dirige tu paso por donde el camino te lleva'," siguiendo este camino llegó a lo que se había dicho, esto es, a lo verdadero. Sostén, si te place, que donde él puso el pie al caminar

puede llamarse sabiduría; aunque intento de modo totalmente necio romper esa descripción tuya, pues nada ayuda más a mi causa. Pues dijiste que la sabiduría no es la verdad misma, sino el camino que conduce a ella. Todo el que, por tanto, usa este camino, ciertamente usa la sabiduría; y quien usa la sabiduría, es necesario que sea sabio: luego será sabio aquel que haya buscado perfectamente la verdad, aunque todavía no haya llegado a ella. Pues ningún camino que conduce a la verdad, según creo, se entiende mejor que la diligente investigación de la verdad. Usando, por tanto, solo este camino, ya ese será sabio; pero ningún sabio es miserable; y todo hombre es o miserable o bienaventurado: luego no solo el hallazgo, sino la investigación de la verdad por sí misma lo hará bienaventurado".

15. Entonces él, sonriendo: "Merecidamente —dijo— me suceden estas cosas, mientras asiento confiadamente a mi adversario en un asunto no necesario; como si en verdad yo fuera un gran definidor, o pensara que hay algo más superfluo en la disputa." Pues ¿qué límite habrá si yo de nuevo quisiera que algo fuera definido por ti, y de nuevo exigiera que las palabras de la misma definición, e igualmente todas las cosas siguientes una por una, fuesen definidas, fingiendo que nada entiendo?" Pues ¿qué cosa clarísima no obligaré por mi derecho a ser definida, si con derecho se me pide una definición de la sabiduría?" ¿De qué palabra, en efecto, quiso la naturaleza que hubiera en nuestras mentes una noción más clara que de la sabiduría?" Pero no sé cómo, cuando

la noción misma ha dejado como el puerto de nuestra mente y ha desplegado para sí las velas de las palabras, ocurren al punto mil naufragios de calumnias." Por lo cual, o no se pida la definición de la sabiduría, o nuestro juez se digne descender a su defensa". Entonces yo, como ya la noche impedía la pluma y veía que empezaba a surgir algo grande para ser discutido como de nuevo, lo diferí para otro día; pues habíamos empezado a disputar declinando ya el sol hacia el ocaso, y casi todo el día había transcurrido tanto en la ordenación de los asuntos rústicos como en la revisión del primer libro de Virgilio. TERCERA DISPUTA.

LIBRO SEGUNDO.

Exhorta de nuevo a su Romaniano, su Mecenas, a abrazar la filosofía con una expresión de ánimo agradecido, y le describe tres Colaciones, en la primera de las cuales se explican los pareceres de los académicos. En la segunda, se relatan las diferencias entre la nueva y la vieja Academia; y se rechaza la sentencia de aquellos filósofos que, pensando que la verdad no podía ser captada, profesaban sin embargo seguir lo verosímil. En la tercera, se dice qué llamaban ellos lo verosímil o lo probable.

CAPÍTULO PRIMERO.

Es necesario el auxilio de Dios contra las razones de los académicos.

1. Si fuera tan necesario encontrar la sabiduría mientras se busca como es necesario que el sabio no pueda estar vacío de la disciplina y el conocimiento de la sabiduría, entonces seguramente toda la calumnia, o la pertinacia, o la perversidad de los académicos, o, como yo a veces pienso, la razón propia de aquel tiempo, habría sido sepultada junto con el tiempo mismo y con los cuerpos de los mismos Carneades y Cicerón. Pero porque, ya sea por las muchas y variadas sacudidas de esta vida, Romaniano, como tú mismo demues-

tras en tu caso, ya sea por un cierto estupor de los ingenios, que languidecen por la desidia o la lentitud, ya sea por la desesperación de encontrar; porque no nace el astro de la sabiduría tan fácilmente para las mentes como esta luz para los ojos; o también por el error que es común a todos los pueblos, la falsa opinión de haber encontrado por sí mismos la verdad, los hombres no buscan con diligencia, o si algunos buscan, se apartan de la voluntad de buscar; sucede que la ciencia llega rara vez y a pocos: y por eso ocurre que las armas de los académicos, cuando se llega a las manos con ellos, parecen invencibles y como vulcanas no solo a los hombres mediocres, sino incluso a los agudos y bien instruidos. Por lo cual, contra aquellas olas y tormentas de la fortuna, así como se debe luchar con los remos de cualesquiera virtudes, así principalmente se debe implorar el auxilio divino con toda devoción y piedad; para que la intención más constante de los buenos estudios mantenga su curso, del cual ningún azar la sacuda, para que el puerto más seguro y agradable de la filosofía la reciba. Esta es tu primera causa; por esto temo por ti, de esto deseo que seas liberado, por esto, si tan solo fuera digno de obtenerlo, no ceso de pedir vientos prósperos para ti con votos diarios; y pido a la misma Virtud y Sabiduría del Dios sumo. ¿Pues qué otra cosa es Aquel a quien los misterios nos transmiten como el Hijo de Dios?

2. Mucho me ayudarás, sin embargo, mientras ruego por ti, si no desesperas de que podamos ser escuchados, y si te esfuerzas con nosotros no solo

con votos, sino también con la voluntad y con aquella tu natural altura de mente, por la cual te busco, con la cual singularmente me deleito, a la cual siempre admiro, la cual en ti —¡ay, qué infamia!— está envuelta como un rayo en aquellas nubes de los asuntos domésticos, y está oculta para muchos y casi para todos: pero para mí y para otro, o un tercero, tus más íntimos amigos, no puede estar oculta, pues a menudo no solo hemos escuchado atentamente tus murmullos, sino que incluso hemos visto algunos resplandores más cercanos a los rayos. Pues, ¿quién —para callar lo demás por el momento y conmemorar una sola cosa—, quién, digo, tronó alguna vez tan súbitamente y brilló tanto con la luz de la mente, que bajo un solo fragor de la razón y un cierto resplandor de la templanza, en un solo día muriera por completo aquella libido que el día anterior era la más salvaje? ¿No irrumpirá, pues, alguna vez esa virtud, y convertirá la risa de muchos desesperados en horror y estupor; y habiendo hablado en la tierra como ciertos signos de las cosas futuras, volverá al cielo una vez arrojada la carga de todo el cuerpo? ¿Acaso dijo Agustín estas cosas sobre Romaniano en vano? No lo permitirá Aquel a quien me he entregado por completo, a quien ahora he empezado a reconocer un poco.

CAPÍTULO II.

Muestra el obsequio de un ánimo agradecido a Romaniano, y lo exhorta a la filosofía.

3. Por tanto, emprende conmigo la filosofía: aquí está todo lo que suele moverte maravillosamente cuando estás a menudo ansioso y dudoso. Pues no temo ni por la desidia de tus costumbres, ni por la lentitud de tu ingenio. ¿Pues quién, cuando se te ha permitido respirar un poco, ha aparecido más vigilante en nuestros discursos? ¿quién más agudo? ¿No te devolveré, pues, la gratitud? ¿o quizás debo poco? Tú me recibiste, un joven pobre que partía hacia estudios extranjeros, en tu casa, con tus gastos y, lo que es más, con tu ánimo. Tú me consolaste con tu amistad cuando quedé huérfano de padre, me animaste con tu exhortación, me ayudaste con tu auxilio. Tú, en nuestro mismo municipio, por tu favor, familiaridad y la comunicación de tu casa, me hiciste casi un prócer ilustre junto a ti. Cuando regresé a Cartago por causa de una profesión más ilustre, aunque te había abierto solo a ti y a ninguno de los míos mi consejo y mi esperanza, tú dudaste un poco por aquel amor a la patria innato en ti, porque ya enseñaba allí. Sin embargo, cuando no pudiste vencer el deseo de un joven que tendía hacia aquellas cosas que parecían mejores, pasaste de disuasor a ayudante con una maravillosa moderación de benevolencia. Tú apoyaste mi camino con todo lo necesario. Allí de nuevo, tú que habías fomentado la cuna y, como si fuera el nido de mis estudios, sostuviste los rudimentos de quien ya se atrevía a volar. Incluso cuando navegué estando tú ausente e ignorante de ello, no te indignaste en absoluto porque no te lo hubiera comunicado como solía

hacerlo, y sospechando cualquier otra cosa antes que contumacia, permaneciste inamovible en la amistad; ni estuvieron más ante tus ojos los hijos abandonados por su maestro, que la intimidad y la pureza de nuestra mente.

4. Finalmente, todo lo que ahora gozo de mi ocio; que he volado de los vínculos de los deseos superfluos, que habiendo depuesto las cargas de los cuidados muertos, respiro, recobro el juicio, vuelvo a mí; que busco con la mayor intención la verdad, que ya empiezo a encontrarla, que confío en que llegaré a la medida misma suprema; tú lo animaste, tú lo impulsaste, tú lo hiciste. De quién, sin embargo, hayas sido ministro, lo he concebido hasta ahora más por la fe que lo que lo he comprendido por la razón. Pues cuando, estando presente ante ti, te hube expuesto los movimientos interiores de mi ánimo, y afirmara vehemente y repetidamente que ninguna fortuna me parecía próspera sino la que diera ocio para filosofar; ninguna vida bienaventurada sino la que se viviera en la filosofía: pero que me frenaba una carga tan grande de los míos, de cuyo oficio dependía su vida, y por muchas necesidades, ya fuera de mi vano pudor o de la inepta miseria de los míos: te elevaste con tan gran gozo, te inflamaste con tan santo ardor por esta vida, que decías que, si tú fueras eximido de algún modo de los vínculos de aquellos importunos pleitos, romperías también todos mis vínculos incluso con la participación de tu patrimonio conmigo.

5. Así pues, cuando te habías marchado tras habernos aplicado el fomento, nunca cesamos,

anhelando la filosofía y aquella vida que entre nosotros plugo y convino, de no pensar absolutamente en nada más: y lo hacíamos ciertamente con constancia, pero con menos agudeza; sin embargo, pensábamos que hacíamos lo suficiente. Y como aún no estaba presente aquella llama que nos habría de arrebatarse a lo más alto, pensábamos que aquella con la que lentamente ardíamos era incluso la más grande. Cuando, he aquí, que ciertos libros llenos, como dice Celsino, de cosas árabes buenas, cuando exhalaban sobre nosotros, cuando instilaron en aquella pequeña llama unas poquísimas gotas de un ungüento preciosísimo; increíble, Romaniano, increíble, y más allá de lo que quizás incluso tú crees de mí; ¿qué más diré? excitaron incluso en mí mismo sobre mí mismo un incendio increíble. ¿Qué honor entonces, qué pompa de hombres, qué vano deseo de fama, qué, finalmente, fomento y atadura de esta vida mortal me conmovía? Sencillamente, volvía todo yo a mí mismo a la carrera. Solo miré hacia atrás, lo confieso, como desde un camino, a aquella religión que nos fue ínsita de niños y está implicada en nuestras médulas: pero ella misma me arrebató hacia sí sin yo saberlo. Por tanto, titubeando, apresurándome, vacilando, arrebaté al apóstol Pablo. Pues ciertamente, dije, estos no habrían podido tanto, ni habrían vivido de tal modo como es manifiesto que vivieron, si sus letras y razones fueran contrarias a este tan gran bien. Lo leí todo con la mayor intención y cautela.

6. Entonces verdaderamente, con cuanta pequeña luz ya esparcida sobre mí, se me abrió

tal faz de la filosofía que —no digo a ti, que siempre has ardido con hambre de ella aunque desconocida, sino si hubiera podido mostrársela a tu mismo adversario, por quien no sé si eres más ejercitado que impedido— seguramente él, arrojando y abandonando tanto las bais como los amenos pomares, y los delicados y nítidos convites, y los histriones domésticos, finalmente todo lo que lo conmueve agudamente hacia cualesquiera delicias, volaría hacia su belleza como un amante blando y santo, admirando, anhelando, ardiendo. Pues también él tiene, hay que confesarlo, cierto decoro de ánimo, o mejor dicho, como una semilla de decoro, que, esforzándose por brotar hacia la verdadera belleza, frondece tortuosa y deformemente entre la escabrosidad de los vicios y entre los matorrales de las opiniones falaces: sin embargo, no cesa de frondecer, y para pocos que miran aguda y diligentemente en lo espeso, sobresale cuanto se le permite destacar. De ahí es aquella hospitalidad, de ahí en los convites los muchos condimentos de humanidad, de ahí la elegancia misma, el brillo, la faz limpísima de todas las cosas, y la urbanidad de una belleza sombreada que lo inunda todo por todas partes.

CAPÍTULO III.---Filocalía y Filosofía. En-ciende de nuevo a Romaniano para la filosofía.

7. Filocalía suele llamarse a eso comúnmente: no desprecies este nombre por el nombre del vulgo: pues la filocalía y la filosofía tienen nombres casi similares, y quieren verse como parientes entre sí, y lo son. ¿Pues qué es la filosofía? Amor

a la sabiduría. ¿Qué es la filocalía? Amor a la belleza. Pregunta a los griegos. ¿Qué es entonces la sabiduría? ¿no es ella misma la verdadera belleza? Hermanas son estas, por tanto, sencillamente, y procreadas por el mismo padre: pero aquella, arrancada de su cielo por la liga de la libido e incluida en una jaula popular, mantuvo sin embargo la vecindad del nombre para advertir al cazador que no la desprecie. A esta, pues, sin plumas, sucia y necesitada, su hermana que vuela libremente la reconoce a menudo, pero rara vez la libera: pues esa filocalía no reconoce de dónde trae su linaje, sino por la filosofía. Toda esta fábula (pues de repente me he convertido en Esopo) Licencio te la indicará más suavemente en un poema: pues es un poeta casi perfecto. Por tanto, él, si pudiera contemplar la verdadera belleza, de la cual es un falso amante, con los ojos sanados y desnudados un poco, ¿con qué placer se envolvería en el regazo de la filosofía? ¿Cómo te abrazaría allí, reconocido como un verdadero hermano? Te admiras de estas cosas y quizás te ríes. ¿Qué si explicara estas cosas como quería? ¿qué si al menos la voz, si aún la faz no puede ser vista por ti, de la filosofía misma pudiera oírse? Te admirarías seguramente; pero no te rirías, no desesperarías. Créeme, de nadie hay que desesperar, y de tales menos aún. Hay ejemplos por doquier; fácilmente escapa, fácilmente vuelve a volar este género de aves, mientras muchos encerrados se admiran mucho.

8. Pero volvamos a nosotros; nosotros, digo, Romano, filosofemos: te devolveré la gratitud;

tu hijo ha empezado ya a filosofar: yo lo reprimo, para que, cultivado primero en las disciplinas necesarias, surja más vigoroso y firme, de las cuales no temas estar falto; si bien te conozco, solo deseo para ti vientos libres. Pues ¿qué diré de tu índole? ¡Ojalá no fuera tan rara en los hombres como es cierta en ti! Quedan dos vicios e impedimentos para encontrar la verdad, por los cuales no temo mucho por ti; temo sin embargo que te desprecies y desesperes de encontrarla, o ciertamente que creas haberla encontrado. De los cuales el primero, si es que está presente, esta disputa tal vez te lo quitará. Pues a menudo te has enojado con los académicos, tanto más gravemente cuanto menos instruido eras; pero tanto más gustosamente cuanto que eras atraído por el amor a la verdad. Así pues, ahora lucharé con Alipio, siendo tú el favorecedor, y te persuadiré fácilmente de lo que quiero, aunque probablemente. Pues lo verdadero mismo no lo verás, a menos que entres totalmente en la filosofía. Aquel otro punto, que tal vez presumes haber encontrado algo, aunque te marchaste de nosotros ya buscando y dudando, sin embargo, si algo de superstición ha vuelto a tu ánimo, será expulsado ciertamente, ya sea cuando te envíe alguna disputa sobre la religión entre nosotros, o cuando presente trate muchas cosas contigo.

9. Pues yo ahora no hago otra cosa que purgarme a mí mismo de opiniones vanas y perniciosas. Por tanto, no dudo que estoy mejor que tú. Solo hay una cosa por la que envidio tu fortuna, que tú solo gozas de mi Luciliano: ¿o también tú en-

vidias porque dije, mío? ¿Pero qué dije sino tuyo, y de todos los que somos uno? Sobre el cual, sin embargo, para que subvengas a mi deseo, ¿qué te pediré? Pídele tú mismo por mí cuanto sabes, porque debes. Pero ahora les digo a ambos: cuidado con que piensen que saben algo, a no ser lo que hayan aprendido de tal modo como saben que uno, dos, tres y cuatro reunidos forman la suma de diez. Pero asimismo tengan cuidado de no pensar que en la filosofía o no conocerán la verdad, o que de ningún modo puede ser conocida así. Pues créanme a mí, o más bien a aquel que dice: "Busquen y encontrarán" (Mat. VII, 7), que no hay que desesperar del conocimiento, y que será más manifiesto de lo que son aquellos números. Ahora vengamos a nuestro propósito. Pues ya tarde he empezado a temer que este principio excediera la medida, y no es cosa ligera. Pues la medida es sin duda divina: pero que haya engañado mientras conduce dulcemente; seré más cauto cuando sea sabio.

PRIMERA DISPUTA.

CAPÍTULO IV.---Se repiten las cosas disputadas en el libro anterior.

10. Después del sermón anterior, que hemos recogido en el primer libro, estuvimos ociosos de disputar unos siete días, mientras revisábamos solo tres libros de Virgilio después del primero, y los tratábamos como parecía convenir al tiempo. En cuya obra, sin embargo, Licencio se inflamó tanto en el estudio de la poética, que me pareció

que incluso debía ser reprimido un tanto. Pues ya no permitía de buen grado ser desviado de esta intención a ninguna otra cosa. Finalmente, sin embargo, accedió no de mala gana a retomar la cuestión sobre los académicos que habíamos diferido, al ser alabada por mí, cuanto pude, la luz de la filosofía: y por azar el día había brillado tan sereno, que parecía convenir con nada más que con serenar nuestros ánimos. Así pues, dejamos los lechos más temprano de lo habitual, y tratamos un poco con los rústicos, pues el tiempo urgía. Entonces Alipio: "Antes de que los oiga disputar sobre los académicos, quiero que se me lea aquel sermón de ustedes que dicen que se terminó en mi ausencia: pues no puedo de otro modo, habiendo nacido de ahí la ocasión de esta disceptación, dejar de errar o ciertamente trabajar al escucharlos". Hecho esto, y viendo que en ello se había consumido casi todo el tiempo de la mañana, decidimos volver a casa desde el campo, que nos había recibido mientras paseábamos. Y Licencio: "Ruego que antes de la comida no te sea gravoso repetirme brevemente exponiendo toda la sentencia de los académicos, para que nada en ella se me escape que sea para mi parte". "Lo haré", dije, "y tanto más gustosamente cuanto que, pensando en esto, comas poco". "No estés seguro de ello", dijo él; "pues a menudo he advertido que muchos, y especialmente mi padre, son tanto más voraces cuanto más llenos de cuidados están." Además, tú tampoco me has experimentado pensando en esos metros de tal modo que mi cuidado deje la mesa segura. Lo cual cierta-

mente suelo admirar en mí mismo: ¿pues qué significa que entonces busquemos la comida más pertinazmente cuando dirigimos nuestro ánimo a otra cosa? ¿O qué es lo que, estando ocupadas nuestras manos y dientes, el ánimo se vuelve imperioso? "Escucha más bien", dije, "lo que habías preguntado sobre los académicos, para que no te soporte revolviendo esos metros no solo en los banquetes sin metro, sino incluso en las cuestiones." Si oculto algo por mi parte, Alipio lo delatará. "Hace falta tu buena fe", dijo Alipio; "pues si hay que temer que ocultes algo, creo que es difícil que sea descubierto por mí aquel de quien nadie que me conozca ignora que he aprendido estas cosas, especialmente cuando al exponer lo verdadero no has de consultar más por la victoria que por tu propio ánimo".

CAPÍTULO V.

Las opiniones de los académicos.

11. "Actuaré", dije, "de buena fe, ya que lo prescribes por derecho." Pues también plugo a los académicos que el conocimiento no puede alcanzar al hombre, al menos de aquellas cosas que pertenecen a la filosofía; pues Carneades negaba que él se cuidara de las demás cosas; y sin embargo, que el hombre puede ser sabio, y que todo el oficio del sabio, como también fue disertado por ti, Licencio, en aquel sermón, se despliega en la búsqueda de lo verdadero. De lo cual se concluye que el sabio no asienta a ninguna cosa; pues es necesario que yerre, lo cual es nefasto para

el sabio, si asintiera a cosas inciertas. Y no solo decían que todas las cosas son inciertas, sino que también lo afirmaban con copiosísimas razones. Pero parecían haber arrebatado el que lo verdadero no puede ser comprendido de aquella definición del estoico Zenón, quien dice que puede percibirse aquel verdadero que de tal modo estuviera impreso en el ánimo desde aquello de donde fuera, que no pudiera ser desde aquello de donde no fuera. Lo cual se dice más breve y llanamente así: que lo verdadero puede ser comprendido por estos signos, cuyos signos no puede tener lo que es falso. Se aplicaron vehementísimamente para convencer de que esto de ningún modo puede ser hallado. De ahí las disensiones de los filósofos, de ahí las falacias de los sentidos, de ahí los sueños y las locuras, de ahí los *pseudomeni* (mentirosos) y los *sorites* (montones) florecieron en el patrocinio de aquella causa. Y habiendo recibido del mismo Zenón que nada es más torpe que opinar, concluyeron astutísimamente que si nada podía ser percibido, y la opinión fuera torpísima, el sabio nunca aprobaría nada.

12. De aquí se les suscitó una gran envidia: pues parecía ser consecuencia que nada hiciera quien nada aprobara. De donde los académicos parecían describir a su sabio, a quien juzgaban que nada aprobaba, como siempre durmiente y desertor de todos los oficios (*officiorum*). Aquí ellos, introducido algo probable, que también llamaban verosímil (*verisimile*), afirmaban que de ningún modo el sabio cesaba en sus oficios, teniendo algo que seguir; mas la verdad, ya sea

por ciertas tinieblas de la naturaleza, ya sea por la similitud de las cosas, yacía oculta, o bien sepultada, o bien confusa. Aunque también decían que esa misma refrenación y como suspensión del asentimiento era ciertamente una gran acción del sabio. Me parece haber expuesto brevemente todo, como quisiste, y no haberme apartado en nada de tu prescripción, Alipio: esto es, haber actuado, como se dice, de buena fe. Pues si dije algo o no como es, o tal vez no lo dije; nada fue hecho por mi voluntad. Por tanto, la buena fe es según el parecer del ánimo. Pues un hombre falso debe parecer a un hombre como alguien a quien enseñar, y un falaz como alguien de quien cuidarse: lo primero de lo cual requiere un buen maestro, lo segundo un discípulo cauto.

13. Entonces Alipio: "Te estoy agradecido", dijo, "ya que tanto Licencio ha sido satisfecho por ti, como me has aliviado de la carga impuesta." Pues no tenías tú más que temer que yo dijera algo menos por probarme (pues ¿de qué otro modo podía suceder?), que yo, si en algo hubiera sido necesario delatarte. Por lo cual haz que no te sea gravoso exponer aquello que falta, no tanto a la pregunta como al que pregunta mismo, sobre la diferencia de la nueva y la vieja Academia. Ciertamente", dije, "confieso, me es gravoso. Por lo cual harás un beneficio (pues tampoco puedo negar que esto que conmemoras pertenece muchísimo al asunto) si, descansando yo un poco, quisieras distinguir en mi presencia esos nombres y abrir la causa de la nueva Academia". "Creería", dijo, "que yo también te habría querido desviar de la

comida, si no pensara que tú habías sido hace poco más aterrado por Licencio, y su postulación nos hubiera prescrito de tal modo que se le despachara antes de la comida cualquier cosa que hubiera de este enredo". Y cuando tendía a decir lo demás, nuestra madre (pues ya estábamos en casa) empezó a empujarnos a la comida de tal modo que no había lugar para hablar.

SEGUNDA DISPUTA.

CAPÍTULO VI.---La división de la nueva y la vieja Academia.

14. Después, habiendo tomado tanto alimento cuanto fuera suficiente para reprimir el hambre; habiendo regresado nosotros al prado, Alipio dijo: "Obedezca yo a tu parecer, ni me atrevería a rehusar." Pues si nada se me escapara, te lo agradeceré a tu doctrina, y también a mi memoria. Pero si tal vez en algo errara, lo remediarás, para que en adelante no tema una delegación de este tipo. Creo que la división de la nueva Academia se suscitó no tanto contra el concepto antiguo como contra los estoicos. Ni ciertamente debe pensarse que es una división, si es que convenía que la nueva cuestión introducida por Zenón fuera disuelta y discutida. Pues sobre el no percibir, aunque no agitada por ningunas conflictaciones, sin embargo, la sentencia que habitaba incluso en las mentes de los antiguos académicos no fue estimada impudentemente. Lo cual también es fácil de probar por la autoridad del mismo Sócrates y de Platón y de los demás antiguos, quienes creyeron que hasta aquí podían ser defendidos

del error, si no se hubieran entregado temerariamente al asentimiento: aunque no introdujeron una disputa propia sobre este asunto en sus escuelas, ni por ellos fue buscado alguna vez de modo manifiesto si la verdad puede ser percibida o no. Habiendo Zenón introducido esto como algo rudo y nuevo, y contendiendo que nada puede ser percibido a no ser que lo verdadero fuera de tal modo que se distinguiera de lo falso por notas disímiles, y que el sabio no debía someterse a la opinión; y habiendo oído esto Arcesilao; negó que algo de este tipo pudiera ser hallado por el hombre, ni que debiera entregarse la vida del sabio a aquel naufragio de la opinión. De donde también concluyó que no se debe asentir a ninguna cosa.

15. Pero estando así la cosa que la vieja Academia parecía más aumentada que atacada; surgió Antíoco, auditor de Filón, quien, como a algunos pareció, más deseoso de gloria que de verdad, llevó a una rivalidad las sentencias de ambas Academias. Pues decía que los nuevos académicos intentaban introducir una cosa insólita y muy remota de la opinión de los antiguos. En cuyo asunto imploraba la fe de los antiguos físicos y de otros grandes filósofos; atacando también a los mismos académicos, quienes contendían seguir lo verosímil (*verisimile*), mientras confesaban ignorar ellos mismos lo verdadero mismo. Y había recogido muchos argumentos, de los cuales creo que ahora hay que desistir: sin embargo, nada defendía más que el que el sabio puede percibir lo verdadero. Creo que esta fue la controversia entre los nuevos y los antiguos académicos.

Lo cual si es de otro modo, pediría por ambos que informes a Licencio plenísimamente. Si en verdad es así, como he podido decir, lleven a cabo la disputa emprendida.

CAPÍTULO VII.

Contra los académicos.

16. Entonces yo: "¿Cuánto tiempo, Licencio, descansas en ese discurso nuestro, más largo de lo que pensaba?" ¿Has oído quiénes son tus académicos?" Mas él, sonriendo vergonzosamente, y un tanto más turbado por esta interpelación: "Me arrepiento", dijo, "de haber afirmado tanto contra Trigecio que la vida bienaventurada consiste en la inquisición de la verdad. Pues esa cuestión me perturba de tal modo que apenas dejo de ser miserable, yo que ciertamente les parezco, si tienen algo de humanidad, digno de lástima. ¿Pero por qué me torturo yo mismo, necio? ¿O por qué me horrorizo apoyado en tanta bondad de la causa? Ciertamente no cederé sino a la verdad". "¿Te placen", dije, "los nuevos académicos?" "Muchísimo", dijo. ¿Por tanto, te parece que dicen lo verdadero?" Entonces él, cuando ya estaba por asentir, hecho más cauto por la sonrisa de Alipio, vaciló un tanto. Y después: "Repíte", dijo, "la preguntita". ¿Te parece", dije, "que los académicos dicen lo verdadero?" Y de nuevo, habiendo callado mucho tiempo: "Si es verdadero, no lo sé: sin embargo, es probable", dijo. Pues no veo más que deba seguir". "Lo probable", dije, "¿sabes que por ellos mismos es llamado también verosímil (*ve-

risimile*)?" "Así", dijo, "parece". "Por tanto", dije, "es verosímil la sentencia de los académicos". "Así es", dijo. "Ahora te ruego, atiende más diligentemente. Si alguien afirmara que tu hermano visto es semejante a tu padre, y no conociera a tu mismo padre, ¿no te parecería insano o necio?" Y aquí calló por largo tiempo. Entonces dijo: "Esto no me parece absurdo".

17. A quien habiendo yo empezado a responder: "Espera", dijo, "te ruego, un poquito". Y después sonriendo, dijo: "Dime, te ruego, ¿ya estás cierto de tu victoria?" Entonces yo: "Pon que estoy cierto", dije: "no por eso, sin embargo, debes tú desertar de tu causa, especialmente habiendo sido emprendida esta disputa entre nosotros por causa de ejercitarte y de provocarte a pulir el ánimo". "¿Acaso", dijo, "o leí a los académicos, o fui instruido en tantas disciplinas, con las cuales tú vienes preparado ante mí?" "A los académicos", dije, "ni los habían leído aquellos por quienes primero fue defendida esa sentencia". Mas si la erudición y la abundancia de disciplinas te falta, no hasta tal punto, sin embargo, debe ser tu ingenio inválido, que sin haber hecho ningún ímpetu sucumbas a mis poquísimas palabras y preguntas. Pues ya he empezado a temer que Alipio te suceda más pronto de lo que quiero, con el cual como adversario no pasearé tan seguro". Por tanto", dijo él, "ojalá sea ya vencido, para que al fin los oiga a ustedes disertando, y lo que es más, los vea; espectáculo que nada puede ofrecérseme más feliz. Pues ya que les plugo verter estas cosas (*fundere*), más que derramarlas (*effundere*);

ya que reciben con el estilo lo que prorrumpe de la boca, ni permiten que caiga en tierra, como se dice; también será lícito leerlos: pero no sé cómo, cuando se presentan ante los ojos los mismos entre quienes se traba el sermón, una buena disputa, si no más útilmente, al menos ciertamente más alegremente perfunde el ánimo".

18. "Estamos agradecidos", dije: "pero esos súbitos gozos tuyos han forzado temerariamente a escapar aquella sentencia en la que dijiste que ningún espectáculo más feliz podía ofrecérsete. ¿Qué si vieras a aquel padre tuyo, que seguramente nadie ha de beber la filosofía más ardientemente después de tan larga sed, buscando y disertando estas cosas con nosotros; cuando yo nunca me juzgaré más afortunado, ¿qué conviene que tú sientas y digas al fin?" Aquí en verdad él lloró un tanto, y cuando pudo hablar, mirando al cielo con la mano extendida: "¿Y cuándo veré yo esto, Dios?", dijo: "pero de ti nada hay que desesperar". Aquí, habiendo empezado casi todos nosotros a relajarnos de la intención de la disputa en lágrimas, luchando conmigo mismo y apenas recogíendome: "Ea, más bien", dije, "y vuelve a tus fuerzas; las cuales te había advertido mucho antes que reunieras de dondequiera que pudieras, habiendo de ser el patrono de la Academia: no pienso que por eso 'el temblor ocupe los miembros antes de la trompeta' (Eneida lib. 11, v. 424); o que por el deseo de ver una lucha ajena, desees tan pronto ser cautivo". Aquí Trigecio, cuando advirtió suficientemente que nuestros rostros ya estaban serenos: "¿Por qué no ha de

desearlo", dijo, "un hombre tan santo, que Dios le haya concedido esto antes de sus votos? Cree ya, Licencio; pues tú, que no encuentras qué responder, y todavía deseas ser vencido, me pareces de poca fe". Sonreímos. Entonces Licencio: "Habla, dichoso", dijo, "no por encontrar lo verdadero, sino ciertamente, por no buscarlo".

19. Con cuya hilaridad de los jovencitos estando nosotros más alegres: "Atiende", dije, "a la pregunta, y vuelve al camino más firme y valiente, si puedes". "He aquí que asisto", dijo, "cuanto puedo. ¿Pues qué si aquel observador de mi hermano tuviera por la fama comprobado que él es semejante al padre; puede ser insano o necio si lo cree?" ¿Puede al menos", dije, "ser llamado estúpido?" "No de continuo", dijo, "a no ser que contendiera saberlo. Pues si sigue como probable lo que la frecuente fama ha pregonado, de ninguna temeridad puede ser argüido". Entonces yo: "Consideremos el asunto mismo por un momento, y como si lo pusiéramos ante los ojos. He aquí, pon que aquel no sé qué hombre que describimos está presente: llega de alguna parte tu hermano; allí aquel pregunta: '¿De quién es hijo este niño?' Se responde: 'De un tal Romaniano'. Mas él: '¡Cuán semejante es al padre! ¡Cuán no temerariamente me había traído la fama esto!' Aquí tú, o cualquier otro: '¿Conoces acaso a Romaniano, buen hombre?' 'No lo conozco', dice: 'sin embargo, me parece semejante a él'. ¿Podrá alguien contener la risa?" "De ningún modo", dijo. "Por tanto", dije, "ves lo que se sigue". "Hace tiempo", dijo, "lo veo. Pero sin embargo quiero oír de ti

esa conclusión: pues conviene que empieces a alimentar a quien has capturado". ¿Por qué no", dije, "concluiría? El asunto mismo clama que igualmente son dignos de risa tus académicos, que dicen seguir en la vida la verosimilitud de lo verdadero, ignorando qué sea lo verdadero mismo".

CAPÍTULO VIII.

La cavilación de los académicos.

20. Entonces Trigecio: "Mucho me parece", dijo, "disímil la cautela de los académicos de la necedad de este que describiste. Pues aquellos alcanzan por razones lo que dicen ser verosímil (*verisimile*): mas este necio siguió la fama, de cuya autoridad nada hay más vil". "Como si en verdad", dije, "no fuera más necio si dijera: 'Al padre de este mínimamente lo conozco, ni por la fama he comprobado cuán semejante sea al padre, y sin embargo me parece semejante'". Más necio ciertamente", dijo. ¿Pero a qué esto?" "Porque tales", dije, "son los que dicen: 'Lo verdadero ciertamente no lo conocemos; pero esto que vemos es semejante a lo que no conocemos'". Probable", dijo, "dicen ellos". A quien yo: "¿Cómo dices eso? ¿O niegas que ellos digan lo verosímil?" Y él dijo: "Yo por esto quise decirlo, para excluir aquella similitud. Pues me parecía que la fama había irrumpido impropriamente en su cuestión, cuando los académicos ni siquiera creen a los ojos humanos, cuanto menos a la fama con sus mil ojos, como fingen los poetas, pero sin embargo

monstruosos. ¿Pues quién soy yo al fin, defensor de la Academia? ¿O en esa cuestión envidian mi seguridad? He aquí que tienes a Alipio, cuyo advenimiento, ruego, nos dé vacaciones, a quien juzgamos que hace tiempo temes no en vano".

21. Hecho entonces silencio, ambos dirigieron los ojos a Alipio. Entonces él: "Querría ciertamente", dijo, "según lo permiten mis fuerzas, auxiliar en algo a sus partes, a no ser que el presagio de ustedes me fuera de terror". Pero este pavor, si no me engañara la esperanza, fácilmente lo ahuyentaría. Pues al mismo tiempo me consuela el que el presente impugnador de los académicos casi haya asumido la carga de Trigecio vencido, y ahora es probable que él sea el vencedor por la confesión de ustedes. Aquello temo más, que no pueda evitar tanto la negligencia del oficio desertado, como la impudencia del invadido. Pues no los creo olvidados de que se me había conferido el oficio de juez". Aquí Trigecio: "Aquello es una cosa", dijo, "y esto otra; por lo cual rogamos que te permitas al fin ser un particular". No sea que rehúse", dijo; "mientras deseo evitar la impudencia o la negligencia, caiga en los lazos de la soberbia, vicio del cual nada es más horrendo, si retuviera el honor concedido por ustedes más tiempo de lo que permiten".

CAPÍTULO IX.

Sobre que la sentencia de los académicos debe ser disputada seriamente en adelante.

22. "Por lo tanto querría que me expongas, buen acusador de los académicos, tu oficio; esto es, en defensa de quiénes los impugnas. Pues temo que, refutando a los académicos, quieras probar que tú eres académico". "De los acusadores", dije, "según opino, bien sabes que hay dos géneros: pues si por Cicerón fue dicho modestísimamente que él era de tal modo acusador de Verres que era defensor de los sicilianos (Cicerón en Verres, acción 1), no por eso es necesario que quien acusa a alguien tenga a otro a quien defienda". Y él: "¿Al menos tienes tú algo en lo que tu sentencia ya fundada se mantenga firme?" "Es fácil", dije, "responder a esta pregunta, especialmente para mí a quien no me es repentina: ya traté todo esto conmigo mismo, y lo revolví mucho tiempo y mucho en mi ánimo. Por lo cual oye, Alipio, lo que, según juzgo, ya sabes óptimamente: yo no quiero que esa disputa sea emprendida por causa de disputar; baste que hayamos prelucido con estos adolescentes, donde de buena gana la filosofía ha como jugado con nosotros. Por lo cual quítense de nuestras manos las fabulitas pueriles. Se trata el asunto sobre nuestra vida, sobre las costumbres, sobre el ánimo; el cual presume que ha de superar las enemistades de todas las falacias, y comprendida la verdad, como volviendo a la región de su origen, triunfará sobre las concupiscencias, y así, aceptada la templanza como cónyuge, reinará, habiendo de volver más seguro al cielo (Lib. 1 *Retract.*, cap. 1, n. 3). ¿Ves lo que digo? Quitemos de en medio ya todas esas cosas: 'armas ha de hacer el varón esforzado' (Eneida lib. 8, v. 304); ni

nada he deseado siempre menos que el que entre aquellos que han vivido mucho tiempo juntos y han conversado mucho, surja algo de donde brote un nuevo conflicto. Pero por causa de la memoria, que es infiel custodia de lo pensado, quise que se pusiera por escrito lo que a menudo hemos tratado entre nosotros, al mismo tiempo para que estos adolescentes aprendieran tanto a atender a estas cosas como a intentar acercarse y someterse a ellas".

23. "¿Entonces pues no sabes que nada cierto tengo todavía que sienta, sino que soy impedido de buscarlo por los argumentos y disputas de los académicos? Pues no sé cómo han hecho en el ánimo una cierta probabilidad (para no apartarme todavía de su palabra) de que el hombre no puede encontrar lo verdadero: de donde me había vuelto perezoso y del todo negligente, ni me atrevía a buscar lo que a los hombres más agudos y doctos no les fue lícito hallar. Por tanto, a no ser que primero me persuada de que lo verdadero puede ser hallado tanto como ellos se persuadieron de que no puede; no me atreveré a buscar, ni tengo algo que defienda. Así pues, quita esa interrogación, si place, y más bien discutamos entre nosotros, tan sagazmente como podemos, si acaso puede ser hallado lo verdadero. Y por mi parte me parece tener ya muchas cosas con las que me esfuerzo por apoyarme contra la razón de los académicos: entre los cuales y yo de momento nada dista, sino que a ellos les pareció probable que no puede ser hallada la verdad; mas a mí me es probable que puede ser hallada. Pues la igno-

rancia de lo verdadero, o es peculiar para mí, si ellos fingían, o ciertamente común para ambos".

CAPÍTULO X.

La controversia que se tiene con los académicos no es de palabras, sino de cosas.

24. Entonces Alipio: "Ya caminaré seguro", dijo: "pues veo que no has de ser tanto acusador como ayudante. Así pues, para que no nos alejemos más, veamos ruego primero que por esta cuestión en la que parezco haber sucedido a aquellos que cedieron ante ti, no caigamos en una controversia de palabra, lo cual habiendo tú mismo insinuado por aquella autoridad Tuliana que es torpísimo, a menudo hemos confesado. Pues cuando, si no me engaño, Licencio decía que le plugo la sentencia de los académicos sobre la probabilidad, añadiste lo que él confirmó sin duda, si sabía que por los mismos esta era llamada también verosimilitud. Y bien sé, ya que por ti me son conocidas, que las opiniones de los académicos no están sin ti. Las cuales, como dije, estando fijas en tu ánimo; por qué persigas las palabras, lo ignoro". No es esa", dije, "créeme, una gran controversia de palabras, sino de las cosas mismas: pues no juzgo que aquellos varones fueran tales que no supieran imponer nombres a las cosas; sino que estos vocablos me parece que los eligieron tanto para ocultar su sentencia a los más lentos, como para significarla a los más vigilantes. Por qué y cómo me parece eso, lo expondré cuando primero haya discutido aquellas cosas que los hombres piensan

que fueron dichas por ellos como enemigos del conocimiento humano. Por tanto, muy gustosamente tengo el que hasta aquí haya procedido hoy nuestro sermón, para que constara suficientemente y con claridad qué se buscaba entre nosotros. Pues aquellos me parece que fueron varones del todo graves y prudentes. Si en cambio hay algo que ahora disputaremos, será contra aquellos que creyeron que los académicos fueron adversos a la invención de la verdad. Y para que no me pienses aterrado, también contra ellos mismos me armaré no de mala gana, si defendieron de corazón aquellas cosas que leemos en sus libros, y no por causa de ocultar su sentencia, para que no fueran por ellos entregadas temerariamente a mentes polutas y como profanas ciertas cosas sagradas de la verdad. Lo cual haría hoy, si el ocaso del sol no nos compeliere ya a volver a casa". Hasta aquí se disputó en aquel día.

TERCERA DISPUTA.

CAPÍTULO XI.---Qué sea lo probable.

25. Al día siguiente, sin embargo, aunque había amanecido un día no menos suave y tranquilo, apenas nos libramos de los negocios domésticos. Pues habíamos consumido gran parte de él especialmente en la escritura de cartas. Y cuando ya apenas quedaban dos horas, nos dirigimos al prado. Pues invitaba la excesiva serenidad del cielo, y plugo que no permitiéramos que pereziera ni siquiera aquel tiempo que había restado. Así pues, habiendo llegado al árbol acostumbrado y

habiéndonos quedado en el lugar: "Querría que ustedes, jovencitos", dije, "ya que hoy no se ha de emprender un asunto grande, me recordaran cómo respondió ayer Alipio a la preguntita que los turbó". Aquí Licencio: "Es tan breve", dijo, "que no hay ninguna dificultad en recordar esto; mas cuán leve sea, tú lo verás. Pues, según opino, te prohibió mover una cuestión sobre las palabras, constando la cosa". Y yo: "Esto mismo, ¿qué sea, o qué fuerza tenga, lo han advertido suficientemente?" "Me parece", dijo, "ver qué sea; pero ruego que tú lo expongas por un momento. Pues a menudo he oído de ti que es torpe para los que disputan demorarse en una cuestión de palabras, cuando no ha quedado ningún certamen sobre las cosas. Pero esto es más sutil de lo que deba exigirse que sea explicado por mí".

26. "Oigan pues ustedes", dije, "qué sea esto". Los académicos llaman probable o verosímil a lo que puede invitarnos a actuar sin asentimiento. Y digo sin asentimiento de tal modo que no opinemos que es verdadero lo que hacemos, o no juzguemos que lo sabemos; sin embargo, actuemos. Como por ejemplo, si alguien nos preguntara si habiendo sido la noche de ayer tan líquida y pura, hoy habría de salir el sol tan alegre; creo que nosotros negaríamos saberlo, sin embargo diríamos que así parece. 'Tales', dice el académico, 'me parecen todas las cosas que juzgué que debían llamarse probables o verosímiles; las cuales si tú quieres llamar con otro nombre, en nada me opongo. Pues me basta que tú ya hayas recibido bien lo que digo, esto es, a qué cosas impongo

estos nombres. Pues conviene que el sabio sea no un artífice de vocablos, sino un buscador de las cosas'. ¿Han entendido suficientemente cómo aquellas burlas con las que los agitaba me han sido arrebatadas de las manos?" Aquí habiendo respondido ambos que lo habían entendido, y pidiendo con el mismo rostro mi respuesta: "¿Qué piensan?", dije. ¿Que Cicerón, cuyas son estas palabras, estuvo falto de la lengua latina, de modo que impusiera nombres menos aptos a las cosas que sentía?"

CAPÍTULO XII.

Nuevamente sobre lo probable y lo verosímil.

27. Entonces Trigecio: "Ya nos place", dijo, "puesto que la cosa es conocida, no mover ninguna calumnia sobre las palabras. Por lo cual ve más bien qué respondes a este que nos ha librado, contra quien tú, habiendo sido rechazado, intentas arremeter de nuevo". Y Licencio: "Espera, ruego", dijo; "pues me amanece no sé qué, por lo cual veo que no debió arrebatársete tan fácilmente tan gran argumento". Y habiendo callado un rato, fijo en su pensamiento: "Ruego", dijo, "nada me parece más absurdo que decir que sigue lo verosímil aquel que ignora qué sea lo verdadero: ni me perturba aquella similitud tuya. Pues yo, interrogado rectamente si de esta temperatura del cielo se recogerá alguna lluvia para mañana, respondo que es verosímil, yo que no niego conocer algo de lo verdadero. Pues sé que aquel árbol no puede hacerse de plata ahora mismo, y muchas

tales cosas verdaderas digo que sé no impúdicamente, de las cuales veo que son similares aquellas que llamo verosímiles. Pero tú, Carneades, o cualquier otra peste griega, para que perdone a los nuestros (¿pues por qué dudaría en pasarme a esta parte hacia aquel a quien me debo como cautivo por derecho de victoria?): tú pues, ya que dices que nada sabes de lo verdadero, ¿de dónde sigues esto verosímil? Pero ciertamente, no pude imponerle otro nombre. ¿Por qué pues hemos de disputar con aquel que ni siquiera puede hablar?"

28. "Yo no temeré a los desertores", dijo Alipio; "cuánto menos a aquel Carneades, contra quien, movido por no sé si juvenil o pueril ligereza, pensaste que debían lanzarse maldiciones más bien que algún arma. Pues a él ciertamente, para robustecer su sentencia, que siempre estuvo fundada hasta lo probable, esto entretanto le habrá bastado fácilmente contra ti: que nosotros estamos puestos tan lejos de la invención de lo verdadero, que tú mismo puedes ser para ti un gran argumento, tú que de tal modo fuiste movido de tu lugar por una sola preguntita, que ignorabas totalmente dónde debías estar. Pero estas cosas, y tu ciencia, que confesaste poco antes que te estaba impresa sobre este árbol, diferámoslas para otro tiempo. Pues aunque ya hayas elegido otras partes, sin embargo has de ser enseñado diligentemente qué dije poco antes. Pues aún no, según opino, habíamos progresado hacia aquella cuestión en la que se pregunta si puede encontrarse lo verdadero: sino que juzgué que solo aquello debía prescribirse en el mismo vestíbulo de mi defensa,

en el cual te había visto cansado y postrado; esto es: si lo verosímil, o lo probable, o con cualquier otro nombre si puede llamarse, lo que los académicos dicen que les basta, no debe ser buscado. Pues si tú ya te pareces a ti mismo el mejor descubridor de la verdad, nada me importa. Después, si no fueras ingrato a este patrocinio mío, tal vez me enseñes las mismas cosas".

CAPÍTULO XIII.

Si los académicos disimularon que sabían lo verdadero.

29. Aquí yo, como Licencio temiera modestamente el ímpetu de Alipio, dije: "Has preferido, Alipio, hablar de todas las cosas más bien que de cómo hemos de disputar con aquellos que no saben hablar". Y él: "Puesto que hace tiempo es conocido tanto para mí como para todos, y ahora por tu profesión indicas suficientemente que eres perito en el hablar; querría que explicaras primero la utilidad de esta inquisición tuya, la cual o es superflua, según opino, y mucho más superfluo es responder a ella; o si pareciera provechosa, y no pudiera ser explicada por mí, te pediría encarecidamente que no te pesara el oficio de maestro". "Recuerdas", dije, "que yo prometí ayer que trataría después sobre aquellos vocablos. Y ahora el sol advierte que recoja en los cofres las burlas que propuse a los niños; especialmente cuando ahora las propongo más bien por causa de adorno que de venta. Ahora, antes de que las tinieblas, que suelen ser patronas de los académicos, ocupen nuestro estilo, quiero que hoy conste plenísima-

mente entre nosotros para la explicación de qué cuestión hemos de levantarnos por la mañana. Así pues responde, ruego, si te parece que los académicos tuvieron una sentencia cierta sobre la verdad, y no quisieron producirla temerariamente para ánimos desconocidos o no purgados; o si verdaderamente sintieron tal como se tienen sus disputas".

30. Entonces él: "Qué ánimo fuera el de ellos", dijo, "no lo confirmaré temerariamente. Pues cuanto se da a recoger de los libros, tú conoces mejor en qué palabras suelen producir su sentencia: mas si me consultas sobre mí mismo, pienso que aún no se ha encontrado lo verdadero. Añado también lo que exigías sobre los académicos, que pienso que no puede encontrarse, no solo por la opinión arraigada mía que casi siempre has advertido, sino también por la autoridad de grandes y más excelentes filósofos; a quienes ya sea nuestra debilidad, ya la sagacidad de ellos, más allá de la cual ya no ha de creerse que pueda encontrarse nada, de algún modo nos compele a ofrecer el cuello". "Esto es", dije, "lo que quería. Pues temía que cuando a ti también te pareciera lo mismo que a mí, nuestra disputa permaneciera manca, no existiendo nadie que de la otra parte obligara a que la cosa viniera a las manos, para que se tratara tan diligentemente como podemos. Así pues, si eso hubiera sucedido, estaba preparado para rogarte que asumieras las partes de los académicos como si te pareciera que no solo disputaron, sino que también sintieron, que lo verdadero no puede ser comprendido. Se pregunta pues entre

nosotros, si por los argumentos de ellos es probable que nada pueda percibirse, y que a ninguna cosa se ha de dar asentimiento. Lo cual si obtuvieras, cederé gustosamente: mas si yo pudiera demostrar que es mucho más probable tanto que el sabio puede llegar a la verdad, como que el asentimiento no siempre ha de ser retenido: nada tendrás, según opino, por qué no permitas pasarte a mi sentencia". Habiendo placido esto a él y a los demás que estaban presentes, ya sombreados por la tarde regresamos a casa.

LIBRO TERCERO presenta dos disputas, en cuyo inicio se establece que la fortuna nada es, ya sea para ayuda o para impedimento, para el sabio. Luego Agustín, resistiendo Alipio por las partes asumidas, prueba que algo es sabido por el sabio, como quien al menos ha conocido la sabiduría. Después discute la definición de Zenón, y refuta aquellos dos decretos de los académicos: «Que nada puede percibirse;» y, «Que a ninguna cosa se debe dar asentimiento». Dice finalmente que le parece que los académicos no sintieron tal como comúnmente se piensa.

PRIMERA DISPUTA.

CAPÍTULO PRIMERO.---La verdad ha de ser buscada grandemente, de donde depende la vida bienaventurada.

1. Habiéndonos sentado otro día en los baños, después de aquel sermón que contiene el segundo libro; pues estaba más triste de lo que pluguiera bajar al prado; así comencé: "Pienso que ya han advertido suficientemente sobre qué asunto

se ha establecido la cuestión que ha de discutirse entre nosotros. Pero antes de que venga a mis partes, que pertenecen a explicarla, ruego que escuchén de buena gana unas pocas cosas sobre la esperanza, sobre la vida, sobre nuestro instituto, no ajenas al asunto. Pienso que nuestro negocio no es leve o superfluo, sino necesario y sumo, buscar grandemente la verdad: esto conviene entre mí y Alipio. Pues tanto los demás filósofos pensaron que su sabio la había encontrado; y los académicos profesaron que ha de ser buscada por su sabio con el sumo esfuerzo, y que él hace eso diligentemente; pero puesto que o yacía oculta abrumada, o confundida no sobresalía, que para conducir la vida él sigue aquello que se presentaba como probable y verosímil. Eso también quedó concluido por vuestra antigua discrepancia. Pues habiendo afirmado uno que el hombre se hace bienaventurado encontrada la verdad, mas el otro solo buscándola diligentemente; para ninguno de nosotros es duda que nada ha de ser antepuesto por nosotros a este negocio. Por lo cual, ruego, ¿qué tal día les parece que hemos pasado ayer? A ustedes ciertamente les fue lícito vivir en sus estudios. Pues también tú, Trigecio, te deleitaste con los poemas de Virgilio, y Licencio estuvo vacante para componer versos, por cuyo amor está tan herido que por ello especialmente juzgué que debía introducir yo este sermón, por el cual en su ánimo la filosofía (pues ahora es el tiempo) usurpe y reivindique para sí una parte mayor, no solo que la poética, sino que cualquier otra disciplina".

CAPÍTULO II.

Si la fortuna es necesaria para el sabio.

2. "Pero les ruego, ¿no tuvieron lástima de nosotros, cuando anteayer nos habíamos ido a acostar de tal modo que nos levantáramos para la cuestión diferida, y ciertamente para nada más; porque surgieron tales cosas que necesariamente debían hacerse sobre el patrimonio familiar, que, estando totalmente ocupados en estas, apenas pudimos respirar en nosotros mismos en las dos últimas horas del día? Por lo cual siempre ha sido mi sentencia que para el hombre ya sabio no hay ninguna necesidad; mas para que se haga sabio, es muy necesaria la fortuna: a no ser que otra cosa le parezca a Alipio". Entonces él: "Cuánto derecho atribuyas a la fortuna, aún no lo conozco bien. Pues si para despreciar la fortuna, juzgas que es necesaria la fortuna misma, yo también me doy a ti como compañero en esta sentencia. Pero si no concedes a la fortuna nada más que aquellas cosas que no pueden suministrarse para la necesidad del cuerpo si ella misma no quiere; no pienso así. Pues o es lícito, resistiendo ella y a su pesar, a quien aún no es sabio, mas está deseoso de la sabiduría, tomar aquellas cosas que confesamos ser necesarias para la vida; o ha de concederse que también en toda la vida del sabio ella domina, puesto que ni el mismo sabio puede no carecer de aquellas cosas que son necesarias para el cuerpo".

3. "Dices pues", dije, "que la fortuna es necesaria para el estudioso de la sabiduría, mas para el

sabio lo niegas". "No es ajeno repetir las mismas cosas", dijo. "Y así ahora también te pregunto si estimas que la fortuna ayuda en algo para despreciarse a sí misma. Lo cual si juzgas, digo que el deseoso de la sabiduría tiene gran necesidad de la fortuna". "Pienso así", dije, "si por cierto por ella será tal cual pueda despreciarla. Ni es absurdo: pues así también para nosotros cuando pequeños son necesarios los pechos, por los cuales se logra que después podamos vivir y valer sin ellos". "Si la concepción del ánimo no disuena", dijo él, "me es claro que nuestras sentencias concuerdan: a no ser que tal vez a alguien le parezca que ha de discernirse que no los pechos mismos o la fortuna, sino alguna otra cosa nos hace despreciadores de la fortuna o de los pechos". "No es gran cosa", dije, "usar otro semejante. Pues como sin una nave, o cualquier vehículo, o del todo (para que no tema ni al mismo Dédalo) sin ningunos instrumentos acomodados a este asunto, o alguna potencia más oculta, nadie atraviesa el mar Egeo, aunque no se proponga nada más que llegar; lo cual cuando le ha sucedido, está preparado para arrojar y despreciar todas aquellas cosas por las cuales fue transportado: así quienquiera que quisiere llegar al puerto de la sabiduría, y como a un suelo firmísimo y quietísimo; puesto que, por omitir otras cosas, si fuera ciego y sordo no puede, lo cual está puesto en el poder de la fortuna, me parece que tiene como necesaria la fortuna para aquello que deseó. Lo cual cuando hubiere obtenido, aunque se piense que carece de ciertas cosas pertenecientes a la salud del cuerpo; sin embargo

consta aquello, que no hay necesidad de estas para que sea sabio, sino para que viva entre los hombres". "Al contrario", dijo él, "si fuera ciego y sordo, tanto el alcanzar la sabiduría como la vida misma por la cual se busca la sabiduría, en mi sentencia, justamente las despreciaré".

4. "Sin embargo", dije, "siendo que esta misma vida nuestra, por la cual vivimos aquí, está en el poder de la fortuna; y no pudiendo nadie hacerse sabio sino viviendo: ¿no ha de confesarse que hay necesidad de su favor, por el cual seamos transportados a la sabiduría?" "Pero siendo que la sabiduría", dijo, "no es necesaria sino para los que viven, y quitada la vida no hay ninguna indigencia de sabiduría, en nada temo a la fortuna en propagar la vida. Pues porque vivo, por eso quiero la sabiduría, no porque deseo la sabiduría, quiero la vida. Por lo cual si la fortuna me quitara la vida, quitará la causa de buscar la sabiduría. Nada tengo pues por qué, para que me haga sabio, o desee el favor de la fortuna, o tema sus impedimentos, a no ser que tal vez presentes otras cosas". Entonces yo: "¿No juzgas pues que el estudioso de la sabiduría puede ser impedido por la fortuna, para que no llegue a la sabiduría, aunque no le quite la vida?" "No lo juzgo", dijo.

CAPÍTULO III.

Difieren el sabio y el estudioso. Que el sabio sabe algo, porque al menos conoce la sabiduría.

5. "Quiero", dije, "que me abras un poquito, ¿qué te parece que dista entre el sabio y el filósofo-"

fo?". "Pienso que el sabio no difiere en nada del estudioso", dijo, "sino en que de aquellas cosas de las que en el sabio hay un cierto hábito, en el estudioso hay sola fragancia". ¿Cuáles son, por fin, esas cosas?", dije. "Pues a mí nada más me parece interesar, sino que uno sabe la sabiduría, el otro desea saberla". "Si determinas la ciencia con un fin modesto", dijo él, "has expresado la cosa misma más llanamente". "De cualquier modo", dije, "que yo la determine, aquello plugo a todos, que no puede haber ciencia de cosas falsas". "En esto", dijo él, "me pareció que debía objetarse una prescripción, no sea que por mi inconsiderado asentimiento navegara fácilmente tu oración en los campos de aquella cuestión principal". "Claramente", dije, "no me dejaste nada por donde pudiera navegar. Pues si no me engaño, hemos llegado al fin mismo, por el que hace tiempo trabajo. Pues si, como sutil y verdaderamente dijiste, nada interesa entre el estudioso de la sabiduría y el sabio, sino que aquel ama, mas este tiene la disciplina de la sabiduría; de donde incluso no dudaste en expresar el nombre mismo, esto es, un cierto hábito; mas nadie puede tener disciplina en el ánimo, que nada ha aprendido; mas nada ha aprendido, quien nada conoce; y conocer lo falso nadie puede: conoce pues el sabio la verdad, de quien tú mismo ya has confesado que tiene la disciplina de la sabiduría en el ánimo, esto es, un hábito". "No sé", dijo, "de qué impudencia sería, si quisiera negar haber confesado que el hábito de la inquisición de las cosas divinas y humanas está en el sabio. Pero por qué te parezca que no

es hábito de hallazgos probables, no lo veo". ¿Me concedes", dije, "que nadie conoce lo falso?". "Eso fácilmente por cierto", dijo él. "Di ya si puedes", dije, "que el sabio ignora la sabiduría". ¿Por qué pues", dijo él, "¿concluyes por este límite todas las cosas, de modo que no pueda parecerle a él mismo que ha comprendido la sabiduría?". "Dame", dije, "la diestra. Pues si recuerdas, esto es lo que dije ayer que lograría, lo cual ahora me gozo de que no ha sido concluido por mí, sino ofrecido por ti espontáneamente. Pues habiendo dicho que este interés existe entre mí y los académicos, que a ellos les pareció probable que la verdad no puede ser comprendida; mas a mí, aunque aún no ha sido encontrada por mí, sin embargo me parece que puede ser encontrada por el sabio: ahora tú, cuando eras urgido por mi interrogación si el sabio ignora la sabiduría, dijiste: 'Le parece a él saberla'. ¿Qué pues después?", dijo él. "Porque si le parece a él", dije, "que sabe la sabiduría, no le parece a él que el sabio nada pueda saber. O si la sabiduría nada es, quiero que lo afirmes".

6. "Creería verdaderamente", dijo él, "que habíamos llegado a la meta y al fin; pero de repente, cuando interpusiste las diestras, veo que estamos muy desunidos y que hemos progresado a lo largo: a saber, porque ayer ninguna otra cuestión parecía haber sido establecida por nosotros, sino que, afirmando tú que el sabio puede llegar a la comprensión de lo verdadero, yo lo había negado: mas ahora opino que nada te he concedido, sino que puede parecerle al sabio que ha alcanzado la sabiduría de las cosas probables: la cual sabi-

duría, sin embargo, para ninguno de nosotros es duda que la constituí en la investigación de las cosas divinas y humanas". "No por eso", dije, "porque te envuelves, te desenvuelves: pues me parece que ya disputas por causa de ejercitarte. Y porque bien conoces que estos jovencitos apenas pueden todavía discernir lo que se discurre aguda y sutilmente, abusas, por así decir, de la ignorancia de los jueces, para que te sea lícito hablar cuanto quieras sin que nadie reclame. Pues poco antes dijiste, cuando preguntaba si el sabio conocía la sabiduría, que le parecía saberla. A quien pues le parece que el sabio conoce la sabiduría, no le parece en absoluto que el sabio nada conoce. Pues esto no puede ser sostenido, a no ser que alguien se atreva a decir que la sabiduría nada es. De lo cual resulta que ya te parece esto, que también a mí; pues a mí me parece que el sabio no nada sabe, y a ti, opino, a quien place que le parezca al sabio que el sabio conoce la sabiduría". Entonces él: "No pienso que yo quiera ejercitar mi ingenio más que tú; y me maravillo de eso, pues no te es necesaria ninguna ejercitación en este asunto. Pues a mí, tal vez todavía ciego, me parece que interesa entre 'parecerse a sí mismo saber' y 'saber'; y entre 'la sabiduría que está puesta en la investigación' y 'la verdad': las cuales cuando son dichas por nosotros con una u otra, no encuentro cómo cuadren entre sí". Entonces yo, como ya fuéramos llamados al almuerzo: "No me disgusta", dije, "que te resistas tanto: pues o ambos ignoramos qué hablamos, y hay que poner empeño para no ser tan torpes; o uno de nosotros,

lo cual igualmente dejarlo y descuidarlo no es menos torpe: pero en las horas de la tarde volveremos el uno al otro. Pues cuando me parecía que ya habíamos llegado a la meta, incluso mezclaste los puños". Aquí, habiendo reído ellos, nos retiramos.

SEGUNDA DISPUTA.

CAPÍTULO IV.---Nuevamente que no es sabio quien nada sabe.

7. Y cuando regresamos, encontramos a Licencio, a quien el Helicón había socorrido nunca sediento, boquiabierto por los versos que debía imaginar. Pues casi desde la mitad del almuerzo, aunque de nuestro almuerzo fue el mismo el inicio que el fin, se había levantado a hurtadillas, y nada había bebido. Al cual yo: "Deseo por cierto", dije, "que alguna vez abracés esa poética que has deseado: no porque me deleite demasiado esa perfección; sino porque veo que de tal modo te has inflamado, que no puedes escapar de este amor sino por el fastidio; lo cual suele suceder fácilmente después de la perfección. Luego, siendo tú bien sonoro, preferiría que inculcaras a nuestros oídos tus versos, que no que en aquellas tragedias griegas, al modo de las avecillas que vemos encerradas en jaulas, cantes palabras que no entiendes. Te amonesto sin embargo que vayas a beber, si quieres, y regreses a nuestra escuela, si es que ya merecen algo de ti Hortensio y la filosofía, para la cual ya gustaste las dulcísimas primicias en aquel sermón vuestro, que te había incitado más vehementemente que esa poética al

conocimiento de cosas grandes y verdaderamente fructuosas. Pero mientras deseo llamarlos de nuevo al circuito de aquellas disciplinas con las que se cultivan los ánimos, temo que se les vuelva un laberinto, y casi me arrepiento de haberte reprimido de aquel ímpetu". Se ruborizó él, y se retiró para beber. Pues tanto tenía mucha sed, como se daba la ocasión de evitarme, que tal vez diría más y más ásperas cosas.

8. Y habiendo regresado él, estando todos atentos, así comencé: "¿Es así, Alipio, que entre nosotros no convenga sobre una cosa ya, según me parece, manifestísima?" "No es de admirar", dijo él, "si lo que tú afirmas estarte a mano, me sea a mí oscuro: puesto que muchísimas cosas manifestas pueden ser más manifestas para otros, e igualmente ciertas cosas oscuras ser más oscuras para algunos. Pues si incluso esto te es verdaderamente manifiesto, créeme, hay algún otro para quien incluso esto manifiesto tuyo sea más manifiesto; e igualmente otro para quien mi oscuro sea más oscuro. Pero para que no me juzgues más tiempo demasiado pugnaz, te rogaría que explicaras este manifiesto más manifestamente". "Atiende, ruego, diligentemente", dije, "y como pospuesta por un momento la preocupación de responder. Pues si bien nos conozco a mí y a ti, fácilmente aclarará lo que digo con el empeño puesto, y uno persuadirá al otro pronto. ¿Dijiste por fin, o tal vez me había quedado sordo, que le parece al sabio saber la sabiduría?" Asintió. "Omitamos por un momento", dije, "a ese sabio. ¿Tú mismo eres sabio, o no?" "Nada menos", dijo

él. "Quiero sin embargo", dije, "que me respondas qué sientes tú mismo sobre el sabio académico; si por ventura te parece que conoce la sabiduría". "Si le parece a él mismo saber", dijo él, "¿o si sabe, piensas que es lo mismo o diverso? Pues temo que esta confusión ofrezca refugio a cualquiera de nosotros".

9. "Esta es", dije, "aquella querella toscana que suele decirse, cuando no la solución de ella, sino la objeción de otra parece remediar la cuestión intentada." Lo cual incluso nuestro poeta (para entregarme un tanto a los oídos de Licenciado) juzgó decorosamente en un poema Bucólico ser rústico y llanamente pastoril, cuando uno interroga al otro dónde el espacio del cielo no se abra más de tres codos: mas él, 'Di en qué tierras nacen flores inscritas con los nombres de reyes'. Lo cual ruego, Alipio, que no juzgues que nos es lícito en la villa: ciertamente incluso estos bañitos hagan algún recuerdo del decoro de los gimnasios: responde, si place, a lo que pregunto. ¿Te parece que el sabio de los académicos conoce la sabiduría?" "Para que refiriendo palabras a palabras", dijo él, "no vayamos a lo largo, parece que le parece saber". ¿Te parece pues", dije, "¿que no sabe?" Pues yo no pregunto qué te parezca que le parece al sabio, sino si a ti te parece que el sabio conoce la sabiduría. Puedes, según opino, o decir que sí, o negar aquí". ¡Oh, ojalá!", dijo él, "¡o fuera tan fácil para mí como para ti, o tan difícil para ti como para mí! ni serías tan molesto, ni esperarías nada en estas cosas. Pues cuando me interrogabas qué me parece sobre el sabio acadé-

mico; respondí que me parece que le parece saber la sabiduría, para no afirmar temerariamente que yo sé, ni decir no menos temerariamente que él sabe". "Como un gran beneficio", dije, "ruego que me concedas primero que te dignes responder a lo que yo, no a lo que tú, te interrogas. Luego que omitas por un momento ahora mi esperanza, la cual sé con certeza que no es menos cuidado para ti que la tuya. Ciertamente si me engañara por esta interrogación, pronto pasaré a tu parte, y terminaremos la controversia. Por último, que rechazada no sé qué solicitud por la que veo que estás tocado, atiendas más diligentemente, por lo cual entiendas fácilmente qué quiero que me sea respondido por ti. Pues dijiste que por eso no decías ni que sí ni que no, lo cual ciertamente ha de hacerse a lo que pregunto, para no decir temerariamente que sabes lo que ignoras: como si por cierto yo hubiera preguntado qué sabes, y no qué te parece. Así pues ahora interrogo lo mismo más llanamente (si es que puede decirse más llanamente): ¿Te parece que el sabio conoce la sabiduría, o no te parece?" "Si puede encontrarse", dijo él, "un sabio tal cual la razón lo presenta; puede parecerme que conoce la sabiduría". "La razón pues", dije, "te presenta que tal es el sabio, que no ignora la sabiduría: y rectamente eso. Pues no convenía que te pareciera de otro modo".

10. "Pregunto pues ya, si puede encontrarse un sabio. Pues si puede, puede también conocer la sabiduría, y toda la cuestión entre nosotros está disuelta. Mas si dices que no puede, ya no se preguntará si el sabio sabe algo, sino si alguien

puede ser sabio. Lo cual establecido, ya habrá que apartarse de los académicos, y tratar contigo esa cuestión cuanto podamos, diligente y cautamente. Pues a ellos les plugo, o más bien les pareció, tanto que puede existir el hombre sabio, como sin embargo que en el hombre no puede caer la ciencia. Por lo cual ellos afirmaron que el sabio nada sabe. Mas a ti te parece que conoce la sabiduría, lo cual no es en absoluto nada saber. Pues al mismo tiempo plugo entre nosotros, lo cual también entre todos los antiguos y entre los mismos académicos, que nadie puede saber cosas falsas: de donde ya resta aquello, o que sostengas que la sabiduría nada es, o confiesas que tal sabio es descrito por los académicos cual la razón no tiene".

CAPÍTULO V.

Se precluye el vano refugio de los académicos.

11. "Y omitidas estas cosas, consiente que busquemos si puede sobrevenir al hombre tal sabiduría cual la razón presenta. Pues no debemos, ni podemos llamar rectamente sabiduría a otra". "Aunque concediera", dijo él, "lo que veo que pretendes grandemente, que la sabiduría es conocida por el sabio, y que algo ha sido aprehendido entre nosotros que el sabio pueda percibir; sin embargo de ningún modo me parece que haya sido sacudida toda la intención de los académicos. Pues preveo que les queda reservado un lugar de defensa no mínimo, ni que aquella suspensión del asentimiento haya sido cortada, puesto que

no pueden faltar a esta misma causa suya por la que los piensas convictos. Pues dirán que hasta tal punto nada se comprende, y a ninguna cosa se ha de prestar asentimiento, que incluso esto sobre nada percibir, de lo cual casi por toda su vida hasta ti se habían persuadido probablemente, ahora les ha sido arrebatado por esta conclusión: de modo que ya sea entonces, ya ahora, la fuerza de este argumento sea invicta por la tardanza de mi ingenio, o verdaderamente por su propio vigor, no puede moverlos de su lugar, pudiendo todavía afirmar audazmente que ni aun ahora se ha de consentir a ninguna cosa. Pues tal vez alguna vez pueda encontrarse incluso contra esto algo por ellos o por alguien, que se diga aguda y probablemente: y que su imagen y como un cierto espejo debe advertirse en aquel Proteo, de quien se cuenta que suele ser atrapado por aquello por lo que menos sería atrapado, y que sus investigadores nunca lo sujetaron, sino por indicación de alguna divinidad. La cual si asistiera, y se dignara demostrarnos aquella verdad que es de tanto cuidado, yo también, incluso contra la voluntad de ellos, lo cual mínimamente creo, confesaré que han sido superados".

12. "Está bien", dije; "en absoluto nada más deseé. Pues vean, ruego, cuántos y cuán grandes bienes me han sobrevenido. El primero es que ya se dice que los académicos están tan convictos que nada les resta para su defensa, sino lo que no puede suceder. ¿Pues quién podría o entender esto de algún modo, o lograr creerlo, que aquel que ha sido vencido, por eso mismo por lo que

ha sido vencido, se gloríe de ser vencedor? Luego si algo queda ya de conflicto con estos, no es por aquello que dicen, que nada puede saberse, sino por aquello que sostienen que a ninguna cosa se ha de dar asentimiento. Ahora pues estamos concordes. Pues como a mí, así también a ellos les parece que el sabio conoce la sabiduría. Pero sin embargo ellos amonestan que se ha de abstener del asentimiento. Pues dicen que solo les parece; mas que de ningún modo saben: como si yo profesara que sé. Digo que eso también me parece a mí: pues soy necio, como también ellos mismos, si no conocen la sabiduría. Pero pienso que debemos aprobar algo, esto es, la verdad. Sobre lo cual les consulto si lo niegan, esto es, si les place que no se ha de dar asentimiento a la verdad. Nunca dirán esto, sino que aseverarán que ella no se encuentra. Por lo cual también aquí me tienen por socio desde alguna parte, que a ambos no disgusta, y por tanto necesariamente place, que se ha de consentir a la verdad. Pero ¿quién la demostrará?, dicen. Donde yo no me cuidaré de certar con ellos; me basta que ya no es probable que el sabio nada sepa, para que no se vean compelidos a decir una cosa absurdísima, o que la sabiduría nada es, o que la sabiduría ignora al sabio".

CAPÍTULO VI.

La verdad no se percibe sino por la ayuda divina.

13. "Pero quién pueda mostrar lo verdadero, Alipio, ha sido dicho por ti, de quien debo trabajar grandemente por no disentir. Pues dijiste que

solo alguna divinidad puede mostrar al hombre qué es lo verdadero, tanto breve como también piadosamente. Nada por tanto en este discurso nuestro he oído más de buen grado, nada más grave, nada más probable, y, si esa divinidad como confío asiste, nada más verdadero. Pues también aquel Proteo, ¡con cuánta altura de mente fue conmemorado por ti, con cuánta intención hacia el mejor género de la filosofía! Pues aquel Proteo, para que ustedes adolescentes vean que los poetas no han de ser despreciados del todo por la filosofía, es introducido como imagen de la verdad. La persona de la verdad, digo, Proteo ostenta y sostiene en los poemas, la cual nadie puede obtener si, engañado por falsas imágenes, o bien aflojara o bien soltara los nudos de la comprensión. Pues son esas imágenes las que, por la costumbre de las cosas corporales a través de estos sentidos que usamos para las necesidades de esta vida, se esfuerzan por engañarnos e ilusionarnos incluso cuando la verdad es retenida, y como si se tuviera en las manos. Este tercer bien por tanto me ha sucedido, el cual no encuentro en cuánto estimar. Pues conmigo mi amigo más familiar concuerda no solo sobre la probabilidad de la vida humana, sino incluso sobre la religión misma, lo cual es el indicio más manifiesto de un amigo verdadero. Puesto que la amistad ha sido definida rectísimamente y santísimamente como el consenso de las cosas humanas y divinas con benevolencia y caridad".

CAPÍTULO VII.

Agustín, por exhortación de Alipio, pronuncia en adelante una oración contra los académicos. Se refiere un cierto pasaje ameno de Cicerón.

14. "Sin embargo, para que ni los argumentos de los académicos parezcan difundir ciertas nieblas, ni parezcamos resistir soberbiamente ante algunos a la autoridad de hombres doctísimos, entre los cuales especialmente Tulio no puede dejar de movernos; si les place, primero disertaré unas pocas cosas contra ellos, a quienes esas disputas parecen ser adversas a la verdad. Luego, según me parece, mostraré cuál fue la causa de los académicos para ocultar su sentencia. Por tanto, Alipio, aunque te veo todo de mi parte, sin embargo asume por estos un poco, y respóndeme". "Puesto que hoy", dijo él, "has procedido bajo buenos auspicios, como dicen, no impediré tu completísima victoria, e intentaré asumir ya más con seguridad esas partes en cuanto me son impuestas por ti; si sin embargo esto que indicas que harás por interrogaciones, prefieres convertirlo en una oración continua (si te es cómodo); para que verdaderamente como adversario pertinaz, lo cual es ajeno a tu humanidad, ya cautivo no sea torturado por ti con esos dardos menudos".

15. Y yo, al advertir que ellos también esperaban esto, como habiendo ingresado en otro exordio: "Haré su voluntad", dije. "Aunque después de aquel trabajo de la escuela de retórica había presumido que descansaría algo en esta armadura ligera, para hacer estas cosas más bien interrogando que hablando; sin embargo, porque somos también muy pocos, de modo que no

me sea necesario clamar contra mi salud; y he querido que este estilo fuera como el auriga y moderador de mi discurso por causa de la misma salud, para que no sea arrebatado en mi ánimo más excitadamente de lo que pide el cuidado del cuerpo: oigan en oración continua, como quieren, qué siento. Pero primero veamos de qué clase sea aquello de donde los amantes de los académicos suelen gloriarse demasiado. Pues hay en los libros de Cicerón, que escribió para el patrocinio de esta causa, un cierto pasaje, según me parece, sazonado con maravillosa urbanidad, y según parece a algunos, incluso robustecido por la firmeza. Es difícil en absoluto que no mueva a cualquiera lo que allí se dice, que al sabio académico se le dan las segundas partes por todos los de las demás sectas que se creen sabios, puesto que es necesario que cada uno se reivindique para sí las primeras. De lo cual puede concluirse probablemente, que es rectamente primero en su juicio el que es segundo en el juicio de todos los demás".

16. "Pues supón, por poner un ejemplo, que está presente un sabio estoico; pues contra ellos principalmente se encendió el ingenio de los académicos: por tanto, si se pregunta a Zenón o a Crisipo quién es sabio, responderá que es aquel a quien él mismo ha descrito. Por el contrario, Epicuro o cualquier otro de los adversarios lo negará, y sostendrá más bien que su propio y peritísimo cazador de placeres es el sabio. De ahí al altercado: clama Zenón, y toda aquella pórtico se alborota, diciendo que el hombre no ha nacido para otra cosa que para la honestidad; que ella

por su propio esplendor atrae hacia sí las mentes, sin ningún provecho puesto fuera en absoluto y como recompensa alcahueta: y que aquel placer de Epicuro es común solo entre las bestias; a cuya sociedad es un nefas empujar tanto al hombre como al sabio. Contra aquel, el otro, convocada desde los jardincillos en su auxilio una turba como libre de ebrios, buscando sin embargo a quién despedazar con uñas descuidadas mientras andan de baccantes y con boca áspera, exagerando el nombre del placer, la suavidad, la quietud, con el pueblo por testigo, insta con fuerza, de modo que nadie parece poder ser feliz sino por ella. En cuya riña si el académico incurriera, oiría a ambos arrastrándolo hacia sus partes: pero si concediera a aquellos o a estos, por los que abandona será gritado como insano, imperito y temerario. Por tanto, cuando haya aplicado diligentemente el oído aquí y allá, preguntado qué le parece, dirá que duda. Pregunta ahora al estoico quién es mejor: si Epicuro, que clama que él delira, o el académico, que pronuncia que todavía debe deliberar sobre cosa tan grande. Nadie duda que el académico será preferido. Vuélvete de nuevo a aquel y busca a quién ama más: si a Zenón, por quien es llamado bestia, o a Arcesilao, de quien oye: 'Tú tal vez dices la verdad, pero buscaré más diligentemente'. ¿No es evidente que todo aquel pórtico parece insano, pero los académicos ante ellos parecen hombres modestos y cautos a Epicuro? Así igualmente sobre casi todas las sectas, Cicerón copiosísimamente ofrece a los lectores como un espectáculo agradabilísimo, como mos-

trando que no hay ninguno de ellos que, habiéndose dado a sí mismo las primeras partes, lo cual es necesario, no diga dar las segundas a aquel que ha visto no repugnar, sino dudar. En lo cual yo nada me opondré, ni les quitaré gloria alguna. Parezca pues a quienesquiera que Cicerón aquí no bromeó, sino que quiso seguir y recoger ciertas cosas vanas y ventosas, lo cual aborrece de la levedad de los mismos griecillos".

CAPÍTULO VIII.

Se refuta el pasaje traído de Cicerón.

17. "¿Pues qué me impide, si quisiera resistir a esta vanidad, mostrar fácilmente cuánto menor mal es ser indocto que ser indócil? De donde sucede que cuando aquel académicuelo jactancioso se ha dado como discípulo a cada uno, y nadie ha podido persuadirle de lo que cree saber, sea después escarnecido por el gran consenso de aquellos hombres. Pues ya cada uno juzgará que cualquier otro de sus adversarios nada ha aprendido, pero que este nada puede aprender. De donde en adelante será proyectado de las escuelas de todos, no con férulas, lo cual sería más deforme que molesto, sino con las clavas y bastones de aquellos palidados. Pues no será gran negocio reclamar contra la peste común ciertos auxilios hercúleos de los cínicos. Pero si pluguiera contener con estos sobre esa vilísima gloria, lo cual ciertamente a mí que ya filosofo, pero aún no soy sabio, se me ha de conceder con más fácil perdón, ¿qué tendrán que puedan refutar? Pues he aquí,

supongamos que yo y el académico hemos irrumpido en esas contiendas de los filósofos: asistan todos en absoluto, expongan brevemente según el tiempo sus sentencias. Pregúntese a Carneades qué siente. Dirá que duda. Por tanto cada uno le preferirá a los demás. Por tanto todos a todos: gran por cierto y altísima gloria. ¿Quién no querría imitarle? Y yo pues interrogado, responderé lo mismo; la alabanza será igual. ¿Se goza pues el sabio en esa gloria en la que el necio se le iguala? ¿Qué si incluso fácilmente le supera? ¿Nada hace el pudor? Pues ya retendré a ese académico que se retira del juicio. Porque la estulticia es más ávida de una victoria de este género. Por tanto, retenido él, expondré a los jueces lo que ignoran, y diré: 'Yo, varones óptimos, tengo esto en común con este, que duda cuál de ustedes sigue lo verdadero. Pero tenemos también sentencias propias, sobre las cuales pido que juzguen. Pues para mí es incierto ciertamente, aunque he oído sus decretos, dónde está lo verdadero: pero por esto, porque ignoro quién de entre ustedes es sabio. Este, sin embargo, niega que incluso el mismo sabio sepa algo, ni siquiera la sabiduría misma, de donde es llamado sabio'. ¿Quién no verá de quién es aquella palma? Pues si mi adversario dijera esto, venceré en gloria; si sin embargo, avergonzado, confesara que el sabio conoce la sabiduría, venceré en la sentencia".

CAPÍTULO IX.

Se discute la definición de Zenón.

18. "Pero alejémonos ya de este tribunal litigioso a algún lugar donde ninguna turba nos sea molesta; y ¡ojalá fuera a la misma escuela de Platón!, que se dice haber recibido el nombre de esto, de que está secreta del pueblo: aquí ya no sobre la gloria, lo cual es leve y pueril, sino sobre la vida misma y sobre alguna esperanza de un ánimo bienaventurado, cuanto podamos entre nosotros, disertemos. Niegan los académicos que algo pueda saberse. ¿De dónde les plugo esto, hombres estudiosísimos y doctísimos? Nos movió, dicen, la definición de Zenón. ¿Por qué, ruego? Pues si es verdadera, algo de lo verdadero conoce quien conoce incluso ella misma; si falsa, no debió mover a hombres constantísimos. Pero veamos qué dice Zenón. A saber, que tal visión puede ser comprendida y percibida, cual no tuviera signos comunes con lo falso. ¿Esto te movió, hombre platónico, para que con todas tus fuerzas retiraras de la esperanza a los estudiosos de aprender, para que abandonaran todo el negocio de filosofar ayudando incluso un cierto torpor de la mente digno de ser gemido?

19. ¿Pero cómo no le movería, si ni nada tal puede encontrarse, y a menos que algo sea tal, no puede percibirse? Si esto es así, debió decirse más bien que no puede caer en el hombre la sabiduría, que el que el sabio ignore por qué vive, ignore de qué modo vive, ignore si vive; finalmente, de lo cual nada más perverso y más delirante e insano puede decirse, que a la vez sea sabio e ignore la sabiduría. ¿Pues qué es más duro, que el hombre no pueda ser sabio, o que el sabio ignore la sabi-

duría? Nada ha de disputarse desde aquí, si la cosa misma así puesta no es suficiente para juzgar. Pero aquello tal vez si se dijera, los hombres se apartarían del todo de filosofar: ahora pues han de ser atraídos por el dulcísimo y santísimo nombre de la sabiduría, para que cuando, consumida la edad, nada hayan aprendido, después te persigan con las más altas execraciones, a quien siguieron para tormentos del ánimo, abandonados al menos los placeres del cuerpo.

20. Pero veamos por quién son más bien disuadidos de la filosofía. ¿Por aquel que dijera: 'Oye, amigo; la filosofía no es llamada la sabiduría misma, sino el estudio de la sabiduría, a la cual si te dedicaras, no ciertamente mientras vives aquí serás sabio (pues la sabiduría está ante Dios, ni puede sobrevenir al hombre), sino cuando te hubieras ejercitado y purificado suficientemente con tal estudio, tu ánimo la disfrutará fácilmente después de esta vida, esto es, cuando hubieras dejado de ser hombre'? ¿O por aquel que dijera: 'Vengan, mortales, a la filosofía; grande es este fruto: ¿pues qué hay más querido para el hombre que la sabiduría? vengan pues para que sean sabios, ¿y no conozcan la sabiduría?' 'No', dice, 'no se dirá así por mí'. Esto es engañar, pues nada más se encontrará en tu casa. Así sucede que si dijeras esto, huyen como de un insano; si de otro modo les indujeras a esto, haces insanos. Pero creamos que, por ambas sentencias, igualmente los hombres no quieren filosofar. Si la definición de Zenón obligaba a decir algo pernicioso a la filosofía, oh

hombre, ¿eso debió decirse al hombre, de donde se doliera, o aquello, de donde se riera de ti?"

21. "Sin embargo, lo que Zenón definió, cuanto podemos como necios, discutamos. Dice que aquella visión puede ser comprendida, que de tal modo apareciera que no pudiera aparecer falsa. Es manifiesto que nada más viene a la percepción. 'Esto también yo', dice Arcesilao, 'veo, y por esto mismo enseño que nada se percibe. Pues nada tal puede encontrarse. Tal vez por ti, y por otros necios: pero por el sabio ¿por qué no puede? Aunque también al mismo necio pienso que nada puede responderse, si te dijera que con ese memorable agudeza tuya refutaras esta misma definición de Zenón, y mostraras que ella también puede ser falsa: lo cual si no pudieras hacer, tienes esta misma que percibes; si sin embargo la refutaras, no tienes de dónde seas impedido de percibir. Yo no veo que ella pueda ser refutada, y la juzgo del todo verísima. Por tanto, cuando la conozco, aunque sea necio, algo conozco. Pero haz que ella ceda a tu astucia. Usaré un dilema segurísimo. Pues o es verdadera, o es falsa: si verdadera, bien la retengo; si falsa, algo puede percibirse, aunque tenga signos comunes con lo falso. '¿De dónde', dice él, 'puede?' Verísimamente pues definió Zenón, ni erró quienquiera que le consintió aun en esto. ¿O pensaremos que es una definición de poca alabanza y sinceridad la que contra aquellos que iban a decir muchas cosas contra la percepción, al designar qué clase era lo que podía percibirse, se mostró a sí misma tal? Por tanto, para las cosas comprensibles hay tanto definición

como ejemplo. 'Si', dice él, 'incluso ella misma es verdadera, no sé; pero porque es probable, por eso siguiéndola muestro que nada hay tal, cual ella expresó que puede ser comprendido'. Muestras tal vez fuera de ella misma, y ves, según juzgo, qué sigue. Pero si incluso de ella estamos inciertos, ni aun así nos abandona la ciencia; pues sabemos o que es verdadera, o que es falsa: por tanto no nada sabemos. Aunque nunca hará que sea ingrato, del todo yo juzgo esa definición verísima. Pues o pueden percibirse incluso las falsas, lo cual temen más vehementemente los académicos, y verdaderamente es absurdo; o ni pueden aquellas que son semejantes a las falsas: de donde aquella definición es verdadera. Pero veamos ya lo demás".

CAPÍTULO X.

Dos sentencias de los académicos.

22. "Aunque estas cosas, si no me engaño, pueden ser suficientes para la victoria, no lo son tal vez para la saciedad de la victoria. Dos son las cosas que se dicen por los académicos, contra las cuales, según nuestras fuerzas, nos hemos propuesto venir: 'Que nada puede percibirse'; y, 'Que a ninguna cosa se debe asentar'. Sobre el asentar pronto en otro lugar, ahora diremos pocas cosas sobre la percepción. ¿Dicen que absolutamente nada puede ser comprendido? Aquí despertó Carneades: pues ninguno de aquellos durmió menos profundamente que él, y miró alrededor la evidencia de las cosas. Por tanto creo,

hablando consigo mismo, como suele suceder: '¿Vas pues, Carneades, a decir que ignoras si eres hombre o hormiga? ¿O triunfará sobre ti Crisipo? Digamos que ignoramos aquellas cosas que se buscan entre los filósofos; que lo demás no nos pertenece, para que si tropezara en la luz cotidiana y vulgar, provoque a aquellas tinieblas de los imperitos, donde solo ciertos ojos divinos ven: los cuales incluso si me hubieran visto palpitando y cayendo, no podrían entregarme a los ciegos, especialmente a los arrogantes, y a quienes avergonzaría que se les enseñara algo'. Elegante por cierto, oh industria griega, procedes sucinta y preparada; pero no miras atrás a aquella definición, que es tanto invento de un filósofo, como está fija y fundada en el vestíbulo de la filosofía. La cual si intentaras cortar, volverá el hacha a tus piernas: pues sacudida ella, no solo puede algo percibirse, sino que incluso puede aquello que es simillísimo a lo falso, si no te atrevieras a subvertirla. Pues es tu escondrijo de donde irrumpes y saltas violentamente sobre los incautos que desean cruzar: algún Hércules te sofocará en tu cueva como al semihombre Caco, y te oprimirá con las moles de la misma, enseñando que hay algo en la filosofía que no puede ser hecho incierto por ti como semejante a lo falso. Ciertamente me apresuraba a otras cosas; quienquiera que urge esto, te inflige, Carneades, una gran contumelia a ti mismo, a quien piensa que, como muerto, puede ser superado por mí en cualquier parte o de cualquier modo. Si sin embargo no lo piensa, es inmisericorde, quien me obliga a abandonar por

doquier las guarniciones y a certar contigo en el campo: al cual habiendo empezado a descender, aterrorizado solo por tu nombre retiré el pie, y desde un lugar superior lancé no sé qué, lo cual si ha llegado a ti, o qué ha hecho, lo verán aquellos bajo cuyo examen luchamos. Pero ¿por qué temo, inepto? Si bien recuerdo, has muerto, ni ya lucha por derecho Alipio por tu sepulcro: Dios me ayudará fácilmente contra tu sombra".

23. "Dices que nada en la filosofía puede percibirse. Y para que difundas tu oración a lo largo y a lo ancho, arrebatas las riñas y disensiones de los filósofos, y piensas que ellas te suministran armas contra ellos. ¿Pues cómo juzgaremos la contienda entre Demócrito y los físicos superiores sobre un solo mundo y los innumerables, cuando entre él y su heredero Epicuro no pudo permanecer la concordia? Pues aquel lujurioso, como permite que los átomos como si fueran sus criaditas, esto es, los corpúsculos que abraza alegre en las tinieblas, no mantengan su camino, sino que declinen espontáneamente por doquier hacia límites ajenos, disipó todo el patrimonio incluso por las disputas. Esto sin embargo nada me atañe a mí. Pues si pertenece a la sabiduría saber algo de esto, ello no puede estar oculto para el sabio. Si sin embargo la sabiduría es alguna otra cosa, el sabio conoce aquella y desprecia esto. Sin embargo, yo que aún estoy lejos incluso de la vecindad del sabio, algo sé en estos temas físicos. Pues tengo por cierto que, o bien el mundo es uno solo, o no es uno; y si no es uno, o bien de número finito o infinito. Enseñe Carneades que esta sen-

tencia es semejante a lo falso. Asimismo sé que este mundo nuestro ha sido así dispuesto o por la naturaleza de los cuerpos o por alguna providencia; y que o bien siempre fue y será, o bien empezó a ser y de ningún modo va a cesar; o no tiene origen en el tiempo, pero tendrá fin; o bien empezó a permanecer y no permanecerá perpetuamente: e innumerables cosas físicas he conocido de este modo. Pues son verdaderas esas disyunciones, ni puede nadie confundirlas por alguna semejanza de lo falso. 'Pero asume algo', dice el académico. No quiero: pues esto es decir, 'Deja lo que sabes, di lo que ignoras'. Pero la sentencia pende. Mejor ciertamente pende que cae; ciertamente es clara; ciertamente ya puede ser nombrada o falsa o verdadera. Esta pues digo que sé. Tú que ni niegas que esas cosas pertenecen a la filosofía, y aseveras que nada de ellas puede saberse, muestra que yo ignoro esas cosas: di que esas disyunciones o son falsas, o tienen algo común con lo falso por lo cual no puedan ser discernidas en absoluto".

CAPÍTULO XI.

De la imbecilidad de los sentidos no se sigue que nada de lo verdadero se perciba. Ni del sueño y el furor.

24. "¿De dónde", dice él, "¿sabes que existe ese mundo, si los sentidos se engañan?" Nunca sus razones pudieron refutar de tal modo la fuerza de los sentidos, que nos convencieran de que nada se nos aparece: ni en absoluto se atrevieron nunca a intentar tales cosas; sino que se dedicaron a persuadir vehementemente que puede ser otra cosa

de lo que parece. Yo pues a todo este conjunto, sea lo que sea lo que nos contiene y alimenta; a esto, digo, que se aparece a mis ojos y es sentido por mí que tiene tierra y cielo, o como si fuera tierra y como si fuera cielo, lo llamo mundo. Si dices que nada se me aparece, nunca erraré. Pues yerra el que aprueba temerariamente lo que le parece. Pues dicen que lo falso puede ser visto por los que sienten, no dicen que nada se vea. En absoluto se quitará la causa de toda disputa, donde les place reinar, si no solo nada sabemos, sino que también nada nos parece. Si sin embargo niegas que esto que me parece sea el mundo, haces controversia sobre el nombre, habiendo dicho yo que eso es llamado mundo por mí.

25. "¿Incluso acaso", dirás, "si duermes, es mundo ese que ves?" Ya se ha dicho: todo lo que tal me parece, lo llamo mundo. Pero si place llamar mundo solo a aquel que es visto por los que están despiertos o incluso sanos; sostén eso, si puedes, que los que duermen y deliran no deliran y duermen en el mundo. Por lo cual digo esto, que toda esta mole y máquina de cuerpos en la que estamos, ya sea durmiendo, ya delirando, ya despiertos, ya sanos, o es una sola, o no es una sola. Explica cómo puede ser falsa esta sentencia. Pues si duermo, puede suceder que nada haya dicho; o si incluso de la boca del que duerme escaparon palabras, como suele suceder, puede suceder que no aquí, no así sentado, no ante estos oyentes lo haya dicho: pero que esto sea falso, no puede suceder. Ni yo digo haber percibido que estoy despierto. Pues puedes decir que esto pudo haberme

parecido incluso durmiendo; y por ello esto puede ser simillísimo a lo falso. Pero si hay uno y seis mundos; que son siete mundos, de cualquier modo que esté afectado, es manifiesto, y que yo sé eso lo afirmo no impudicamente. Por tanto, o bien esta conexión, o aquellas disyunciones de arriba, enseña que por el sueño o el furor o la vanidad de los sentidos pueden ser falsas; y yo, si al despertar recordara esas cosas, concederé haber sido vencido. Pues creo que ya consta suficientemente que las cosas que por el sueño y la demencia parecen falsas son aquellas que pertenecen a los sentidos del cuerpo: pues que tres veces tres son nueve, y el cuadrado de los números inteligibles, es necesario que sea verdadero incluso roncando el género humano. Aunque también en favor de los mismos sentidos veo que pueden decirse muchas cosas que no encontramos reprendidas por los académicos. Pues creo que no se acusa a los sentidos, o porque los que deliran sufren imaginaciones falsas, o porque vemos cosas falsas en sueños. Pues si reportaron cosas verdaderas a los que están despiertos y sanos, nada les ataña a ellos lo que el ánimo del que duerme e insane se finja para sí".

26. "Resta que se busque si cuando ellos mismos reportan, reportan lo verdadero. Ea, si dijera algún epicúreo: 'Nada tengo de qué quejarme de los sentidos: pues es injusto exigir de ellos más de lo que pueden; pero cualquier cosa que los ojos pueden ver, ven lo verdadero'. ¿Es pues verdadero lo que ven sobre el remo en el agua? 'Absolutamente verdadero. Pues añadida la causa de por

qué así parecía, si el remo sumergido en la onda apareciera recto, más bien acusaría a mis ojos de un reporte falso. Pues no verían lo que debía verse existiendo tales causas'. ¿Qué necesidad hay de muchas cosas? Esto puede decirse sobre el movimiento de las torres, esto sobre las plumas de las aves, esto sobre las demás innumerables cosas. 'Yo sin embargo me engaño si asintiera', dice alguien. No asientas más de lo que baste para persuadirte de que así te aparece; y no hay engaño alguno. Pues no veo cómo refuta el académico a quien dice: 'Sé que esto me parece blanco; sé que mi oído con esto se deleita; sé que esto me huele agradablemente; sé que esto me sabe dulcemente; sé que esto me es frío'. Di más bien si por sí mismas son amargas las hojas del acebuche, que el cabrón tan pertinazmente busca. ¡Oh hombre malvado! ¿no es el cabrón mismo más modesto? No sé de qué clase sean para el ganado, a mí sin embargo me son amargas: ¿qué buscas más? Pero hay tal vez alguien incluso entre los hombres para quien no sean amargas. ¿Tiendes a la molestia? ¿Acaso dije yo que fueran amargas para todos? Lo dije para mí, y esto no siempre lo afirmo. ¿Pues qué si en otro tiempo por otra causa, ahora se siente en la boca algo dulce, ahora algo amargo? Digo aquello, que puede el hombre, cuando gusta algo, jurar de buena fe que sabe para su paladar que aquello es suave, o al contrario, ni ninguna calumnia griega puede ser deducida de esa ciencia. ¿Pues quién sería tan impudente que me dijera, cuando estoy lamiendo algo con deleite: 'Tal vez no gustas, sino que esto es un sueño'?

¿Acaso me resisto? Pero aquello sin embargo me deleitaría incluso en sueños. Por lo cual, aquello que dije saber, ninguna semejanza de lo falso lo confunde. Y el epicúreo, o los cirenaicos y otras muchas cosas tal vez dirían en favor de los sentidos, contra las cuales nada he recibido que haya sido dicho por los académicos. ¿Pero qué me importa a mí? Si quieren esas cosas, y si pueden, rescíndanlas incluso con mi favor. Pues cualquier cosa que se disputa por ellos contra los sentidos, no vale contra todos los filósofos. Pues hay quienes confiesan que todas esas cosas que el ánimo recibe por el sentido del cuerpo pueden engendrar opinión, pero niegan la ciencia. La cual sin embargo quieren que se contenga en la inteligencia, y alejada de los sentidos viva en la mente. Y tal vez en su número está aquel sabio que buscamos. Pero sobre esto en otro lugar. Ahora pasemos a lo demás que, por estas cosas que ya han sido dichas, explicaremos en pocas palabras, si no me engaño".

CAPÍTULO XII.

Urge que los académicos en vano alegan las decepciones de los sentidos, o del sueño y del furor.

27. ¿Pues en qué ayuda o impide el sentido del cuerpo a quien inquiere sobre las costumbres? A no ser que nada impida a aquellos mismos que pusieron el sumo bien del hombre en el placer—ni el cuello de la paloma, ni una voz incierta, ni un peso grave para el hombre que es ligero para los camellos, ni otras seiscientas cosas—

decir que saben que se deleitan con aquello con lo que se deleitan, o que se ofenden con aquello con lo que se ofenden (lo cual no veo que pueda ser refutado); ellos conmoverán a quien abraza el fin del bien con la mente. ¿Cuál de estas cosas eliges tú? Si preguntas qué me parece a mí; juzgo que el sumo bien del hombre está en la mente. Pero ahora inquirimos sobre la ciencia. Por tanto, interroga al sabio, que no puede ignorar la sabiduría: a mí, sin embargo, aquel tardo y necio, me es lícito saber mientras tanto que el fin del bien humano, en el que habite la vida bienaventurada (beata vita), o es ninguno, o está en el alma, o en el cuerpo, o en ambos. Convénceme, si puedes, de que no sé esto; lo cual aquellas famosísimas razones vuestras de ningún modo hacen. Porque si no puedes, pues no encontrarás a qué cosa falsa sea semejante, ¿dudaré yo en concluir que rectamente me parece que el sabio sabe cualquier cosa que es verdadera en la filosofía, habiendo yo conocido desde allí tantas cosas verdaderas?

28. Pero teme tal vez no sea que elija el sumo bien durmiendo. No hay ningún peligro: cuando haya despertado, lo repudiará si le displace, lo retendrá si le place. ¿Pues quién lo vituperará rectamente porque vio algo falso en sueños? ¿O tal vez temerá aquello, no sea que durmiendo pierda la sabiduría, si aprobara cosas falsas por verdaderas? Esto ya ni siquiera durmiendo se atreve a soñarlo, como para llamar sabio al que está vigilante, y negarlo si duerme. Estas cosas también pueden decirse sobre el furor: pero el discurso se apresura a otras cosas. Sin embargo, no dejo

estas cosas sin una conclusión segurísima. Pues, o se pierde la sabiduría por el furor, y ya no será sabio aquel que gritáis que ignora lo verdadero: o su ciencia permanece en el intelecto, aunque la parte restante del alma imagine aquello que recibió de los sentidos como en sueños.

CAPÍTULO XIII.

Muchas cosas se perciben en la dialéctica.

29. Resta la dialéctica, la cual ciertamente el sabio conoce bien, ni nadie puede saber lo falso. Pero si no la conoce, no pertenece a su sabiduría su conocimiento, sin el cual pudo ser sabio; y superfluamente buscamos si es verdadera, o si puede ser percibida. Aquí tal vez alguien me diga: «Sueles revelar tú, necio, qué has conocido: ¿acaso no pudiste saber nada de la dialéctica?». Yo en verdad más que de cualquier otra parte de la filosofía. Pues primero me enseñó que son verdaderas todas aquellas proposiciones de las que usé arriba. Luego por ella conocí otras muchas cosas verdaderas. Pero cuán muchas sean, numeradlas si podéis. Si hay cuatro elementos en el mundo, no hay cinco. Si hay un solo sol, no hay dos. No puede una sola alma morir y ser inmortal. No puede el hombre ser al mismo tiempo bienaventurado y miserable. No luce aquí el sol y es noche a la vez. O vigilamos ahora, o dormimos. O es un cuerpo lo que me parece ver, o no es un cuerpo. Estas y otras muchas cosas, que es larguísimo conmemorar, aprendí por ella que son verdaderas, de cualquier modo que se tengan

nuestros sentidos, verdaderas en sí mismas. Me enseñó que si de cualquiera de aquellas cosas que propuse hace poco por conexión fuera asumida la parte antecedente, se sigue necesariamente lo que está anexo. Aquellas cosas en verdad que fueron enunciadas por mí por repugnancia o disyunción, tienen esta naturaleza: que cuando se quitan las demás, ya sea una o más, resta algo que se confirma por la ablación de aquellas. Me enseñó también que, cuando consta sobre la cosa por la cual se dicen las palabras, no se debe contender sobre las palabras: y quienquiera que haga eso, si lo hace por impericia, debe ser enseñado; si por malicia, abandonado; si no puede ser enseñado, debe ser advertido para que se ocupe en alguna otra cosa antes que consumir el tiempo y el esfuerzo en cosas superfluas; si no obedece, debe ser despreciado. Sobre los razonamientos capciosos y falaces hay un breve precepto: si se infieren concediendo mal, debe volverse a aquellas cosas que fueron concedidas. Si lo verdadero y lo falso entran en conflicto en una sola conclusión, debe aceptarse de allí lo que se entiende, y dejarse lo que no puede ser explicado. Si, por el contrario, la medida en algunas cosas se oculta profundamente al hombre, no debe buscarse su ciencia. Estas cosas tengo de la dialéctica, y otras muchas que no es necesario conmemorar. Ni en verdad debo ser ingrato. Pero aquel sabio, o desprecia estas cosas, o si de hecho la dialéctica misma es la ciencia de la verdad, de tal modo la conoce que, despreciando aquella mentirosísima calumnia de aquellos: «Si es verdad, es falso; si es falso, es ver-

dad», la mate de hambre por no compadecerla. Estas cosas pienso que bastan sobre la percepción por esto mismo: porque cuando empiece a hablar sobre el asentimiento, toda la causa volverá a tratarse allí.

CAPÍTULO XIV.

Conviene que el sabio asienta al menos a la sabiduría.

30. Pasemos ya, por tanto, a aquella parte en la que Alipio parece dudar todavía. Y primero consideremos qué clase de cosa es esa que te mueve tan aguda y cautamente. Pues si la sentencia de los académicos, robustecida por tantas y tan grandes razones (pues esto dijiste), por la cual les plugo que el sabio nada sabe, es debilitada por este descubrimiento tuyo, por el cual nos vemos obligados a confesar que es mucho más probable que el sabio sepa la sabiduría; con más razón debe contenerse el asentimiento. Pues por esto mismo se muestra que nada puede ser persuadido con argumentos por muy copiosos y sutiles que sean, a lo cual no se resista desde la parte contraria, si hay ingenio, no menos vivamente, o tal vez más vivamente. Por eso sucede que, cuando el académico es vencido, ha vencido. ¡Oh, ojalá sea vencido! Nunca logrará con ningún arte pelásgico marcharse de mí al mismo tiempo vencido y vencedor. Ciertamente no se encuentre ninguna otra cosa que pueda decirse contra esto, y de grado profeso que he sido vencido. Pues no tratamos de comparar la gloria, sino de encontrar la verdad. Para mí es suficiente, de cualquier modo, trascen-

der esa mole que se opone a los que entran en la filosofía, y oscureciéndose con no sé qué receptáculos, amenaza con que toda la filosofía es tal, y no permite esperar que se haya de encontrar en ella nada de luz. Qué más pueda desear, no tengo nada, si ya es probable que el sabio sabe algo. Pues por ninguna otra causa parecía verosímil (*veri simile*) que él debiera suspender el asentimiento, sino porque era verosímil que nada podía ser comprendido. Quitada la cual, pues el sabio percibe incluso la sabiduría misma, como ya se concede, ninguna causa quedará ya para que el sabio no asienta incluso a la sabiduría misma. Pues es sin duda más monstruoso que el sabio no apruebe la sabiduría, que el sabio no sepa la sabiduría.

31. Pues ruego que, si podemos, constituyamos un poco ante los ojos tal espectáculo: una cierta riña del sabio y de la sabiduría. ¿Qué otra cosa dice la sabiduría sino que ella es la sabiduría? Pero, por el contrario, aquel dice: «No lo creo». ¿Quién dice a la sabiduría: «No creo que sea la sabiduría»? ¿Quién sino aquel con quien ella pudo hablar, y en quien se dignó habitar, a saber, el sabio? Id ahora y buscadme a mí para que luche con los académicos: tenéis ya un nuevo certamen, el sabio y la sabiduría luchan entre sí. El sabio no quiere consentir a la sabiduría; yo os espero seguro. ¿Pues quién no creería que la sabiduría es invicta? Sin embargo, fortalezcámonos con algún razonamiento. Pues, o el académico vencerá a la sabiduría en este certamen: y será vencido por mí, porque no será sabio; o será

superado por ella, y enseñaremos que el sabio consiente a la sabiduría. O, por tanto, el sabio no es académico, o el sabio asentirá a alguna cosa: a no ser que tal vez no se avergüence de decir que el sabio no consiente a la sabiduría, quien se avergonzó de decir que el sabio no sabe la sabiduría. Pero si ya es verosímil que cae en el sabio incluso la percepción de la sabiduría misma, y no hay causa por la que no asienta a aquello que puede ser percibido; veo lo que quería que fuera verosímil, a saber, que el sabio ha de asentir a la sabiduría. Si preguntas dónde encuentra esa sabiduría; responderé: «En sí mismo». Si dices que no sabe lo que tiene, vuelves a aquel absurdo: que el sabio no sabe la sabiduría. Si niegas que el sabio mismo pueda ser encontrado; ya no con los académicos, sino contigo, quienquiera que sientas esto, discutiremos en otro discurso. Pues ellos, cuando disputan estas cosas, ciertamente disputan sobre el sabio. Clama Cicerón que él mismo es un gran opinador (*opinatorem*), pero que busca sobre el sabio. Lo cual si todavía vosotros, adolescentes, lo tenéis por desconocido, ciertamente lo habéis leído en el Hortensio: «Si, por tanto, ni hay nada de cierto, ni es propio del sabio opinar, nada aprobará jamás el sabio». De donde es manifiesto que ellos en aquellas sus disputaciones contra las que nos esforzamos, buscan sobre el sabio.

32. Por tanto, juzgo yo que para el sabio es cierta la sabiduría, esto es, que el sabio ha percibido la sabiduría; y por esto él no opina cuando asiente a la sabiduría: pues asiente a aquella cosa la cual, si no hubiera percibido, no sería sabio.

Ni ellos afirman que nadie deba no asentir sino a las cosas que no pueden ser percibidas. Pero la sabiduría no es nada. Por tanto, dado que conoce la sabiduría y asiente a la sabiduría, ni nada sabe, ni el sabio asiente a ninguna cosa. ¿Qué más queréis? ¿O buscamos algo sobre aquel error que dicen que se evita profundamente si el asentimiento no inclina el ánimo a ninguna cosa? Pues yerra, dicen, quienquiera que aprueba no solo una cosa falsa, sino también una dudosa, aunque sea verdadera: yo sin embargo nada encuentro que no sea dudoso. Pero el sabio encuentra la sabiduría misma, como decíamos.

CAPÍTULO XV.

Si quien sigue en el actuar lo probable sin asentimiento, evita el error.

33. Pero de aquí queréis ya tal vez que me retire. No se deben abandonar fácilmente las cosas segurísimas cuando tratamos con hombres astutísimos; sin embargo, os daré el gusto. Pero ¿qué diré aquí? ¿qué? ¿qué pues? Seguramente debe decirse aquello viejo, donde también ellos tienen qué decir. ¿Pues qué haré yo, a quien expulsáis de mi campamento? ¿Acaso imploraré los auxilios de los más doctos, con los cuales, si no puedo vencer, menos me avergonzará tal vez ser vencido? Lanzaré, pues, con las fuerzas que pueda, un dardo ciertamente ya humeante y áspero, pero, si no me engaño, valiosísimo. Quien nada aprueba, nada hace. ¡Oh hombre rústico! ¿Andónde está lo probable? ¿Andónde lo verosímil? Esto queríais.

¿Oís cómo suenan los escudos griegos? Se ha recibido lo que es ciertamente más robusto: ¿pero con qué mano lo hemos lanzado? Y estos míos nada más potente me sugieren; ni nada, según veo, de herida hemos hecho. Me volveré a aquellas cosas que la villa y el campo suministran: más me cargan las cosas mayores que lo que me preparan.

34. Pues habiendo pensado largamente ocioso en este campo de qué modo pueda ese vuestro probable y verosímil defender nuestros actos del error, primero me pareció, como suele parecer cuando yo vendía esas cosas, bellamente techado y amurallado. Después, cuando consideré todo más cautamente, me pareció haber visto un solo acceso por donde el error irrumpiría contra los seguros. Pues no solo pienso que yerra el que sigue un camino falso, sino también el que no sigue el verdadero. Imaginemos, pues, dos viajeros que tienden a un mismo lugar, de los cuales uno ha instituido no creer a nadie, y el otro es demasiado crédulo. Se llega a una encrucijada: aquí aquel crédulo [pregunta] a un pastor que allí estaba, o a algún campesino: «Salve, hombre de bien; dime, ruego, por dónde se va bien a aquel lugar». Se responde: «Si vas por aquí, en nadaerrarás». Y él a su compañero: «Dice la verdad, vayamos por aquí». Se ríe el hombre cautísimo y se burla facetiísimamente de un asentimiento tan rápido, y mientras tanto, alejándose aquel, se queda fijo en la encrucijada; y ya empieza a parecerle feo estarse quieto, cuando he aquí que por otro brazo del camino aparece un hombre elegante y urbano sentado sobre un caballo y empieza a acercarse:

aquel se felicita. Entonces, al que llega, y tras saludarle, le indica su propósito, le pregunta el camino; le dice también la causa de su detención, para hacerlo más benévolo, prefiriéndolo al pastor. Aquel, sin embargo, por casualidad era un estafador (*planus*) de esos a los que el vulgo llama ya Samardacos. El hombre malísimo mantuvo su costumbre incluso de balde. «Sigue por aquí —dice—, pues yo de allí vengo». Engañó y se fue. ¿Pero cuándo se engañaría aquel? «Pues no apruebo esta indicación como verdadera —dice—, sino porque es verosímil. Y aquí estar ocioso ni es honesto ni es útil; iré por aquí». Mientras tanto, aquel que erró asintiendo, pensando tan rápido que eran verdaderas las palabras del pastor, en aquel lugar al que tendían ya se reparaba; aquel, sin embargo, no errando, puesto que sigue lo probable, rodea no sé qué bosques, ni encuentra ya a nadie para quien sea conocido aquel lugar al que se había propuesto llegar. De veras os diré que, cuando pensaba estas cosas, no pude contener la risa, al hacerse por las palabras de los académicos, no sé de qué modo, que yerre aquel que tiene el camino verdadero incluso por azar; aquel, sin embargo, que por montes intransitables ha sido conducido probablemente, ni ha encontrado la región buscada, no parezca errar. Pues para condenar con justicia un asentimiento temerario, más fácilmente yerran ambos que aquel no yerre. De aquí ya, más vigilante contra esas palabras, empecé a considerar los hechos mismos de los hombres y las costumbres. Entonces, en verdad, tantas y tan capitales cosas vinieron a mi mente

contra ellos, que ya no me reía, sino que en parte me indignaba, en parte me dolía que hombres doctísimos y agudísimos hubieran caído en tales crímenes de sentencias y bajezas.

CAPÍTULO XVI.

Hacer lo que parece probable incluso sin asentimiento, es nefasto.

35. Ciertamente, tal vez no todo el que yerra peca; sin embargo, todo el que peca se concede que o yerra, o algo peor. ¿Qué pasará, pues, si alguno de los adolescentes, cuando haya oído a estos diciendo: «Es feo errar y por eso a ninguna cosa debemos asentir; pero, sin embargo, cuando cada cual hace lo que le parece probable, ni peca ni yerra»; solo recordara que cualquier cosa que ocurra ya sea al ánimo o a los sentidos, no debe ser aprobada como verdadera? Oyendo eso el adolescente, acechará a la pudicicia de la mujer ajena. A ti, a ti te consulto, M. Tulio; tratamos sobre las costumbres y la vida de los adolescentes, para cuya educación e institución vigilaron todas aquellas letras tuyas. ¿Qué otra cosa vas a decir sino que no te es probable que el adolescente haga eso? Pero a él le es probable. Pues si vivimos del probable ajeno, ni tú debiste administrar la república, porque a Epicuro le pareció que no debía hacerse. Adulterará, pues, aquel joven con la cónyuge ajena; el cual, si fuera sorprendido, ¿dónde te encontrará para que lo defiendas? Aunque incluso si te encontrara, ¿qué vas a decir? Negarás seguramente. ¿Qué si es tan

claro que en vano lo niegas? Persuadirás seguramente, como en el gimnasio cumano y aun en el napolitano, que él en nada pecó, e incluso que ni siquiera erró. Pues no se persuadió como verdadero que el adulterio debiera hacerse; se le presentó como probable, lo siguió, lo hizo: o tal vez no lo hizo, sino que le pareció habiéndolo hecho. Aquel marido, sin embargo, hombre fatuo, lo perturba todo con litigios proclamando por la castidad de su mujer, con la cual tal vez ahora duerme y no lo sabe. Si los jueces entendieran esto, o despreciarán a los académicos y castigarán como un crimen verísimo; o bien obedeciendo a los mismos, verosímilmente y probablemente condenarán al hombre, de modo que ya ignore totalmente qué haga este patrono. Pues no tendrá contra quién airarse cuando todos digan que en nada han errado; puesto que no asintiendo, hicieron lo que pareció probable. Dejará, pues, la persona de patrono y asumirá la de filósofo consolador: así fácilmente persuadirá al adolescente, que ya tanto habrá aprovechado en la Academia, que se crea haber sido condenado como en sueños. Pero vosotros creéis que bromeo: me consta jurar por todo lo divino que ignoro totalmente cómo pecó aquel; si, quienquiera que hiciera lo que parece probable, no peca. A no ser que tal vez digan que es una cosa totalmente distinta errar y otra pecar; y que ellos han actuado por aquellos preceptos para que no erremos, pero pecar han juzgado que no era nada grande.

36. Callo sobre los homicidios, parricidios, sacrilegios y absolutamente todas las cosas que

pueden hacerse o pensarse, torpezas o crímenes, que con pocas palabras y, lo que es más grave, ante jueces sapientísimos son defendidos: «En nada asentí, y por eso no erré. ¿Cómo, sin embargo, no haría lo que pareció probable?». Quienes por el contrario no piensan que esas cosas puedan ser probablemente persuadidas, lean la oración de Catilina, por la cual persuadió el parricidio de la patria, en el cual solo se contienen todos los crímenes. Ya ¿quién no se ríe de aquello? Ellos mismos dicen que nada siguen en el actuar sino lo probable, y buscan con gran empeño la verdad, siendo para ellos probable que no puede ser encontrada. ¡Monstruo admirable! Pero omitamos esto, menos nos pertenece, menos al juicio de nuestra vida, menos al peligro de nuestras fortunas. Aquello es capital, aquello es formidable, aquello debe ser temido por todo hombre de bien: que toda maldad, si esta razón fuera probable, cuando a cualquiera le pareciera que debe ser hecha, con solo no asentir a nada como si fuera verdadero, la cometa no solo sin el vituperio del crimen, sino incluso sin el del error. ¿Qué pues? ¿Acaso ellos no vieron esto? Antes bien, solertísima y prudentísimamente lo vieron, ni de ningún modo me arrogaría tanto como para seguir a M. Tulio en alguna parte por industria, vigilancia, ingenio, doctrina: al cual, sin embargo, afirmando que nada puede saber el hombre, si solo se dijera esto: «Sé que así me parece», no tendría de dónde refutarlo.

CAPÍTULO XVII.

Por qué los académicos disimularon su sentencia.

37. ¿Qué plugo, pues, a tan grandes hombres tratar con perpetuas y pertinaces contiendas para que a nadie pareciera caerle la ciencia de lo verdadero? Oíd ya un poco más atentamente, no lo que sé, sino lo que estimo: pues esto reservaba para lo último, para explicar, si pudiera, de qué clase me parece ser todo el consejo de los académicos. Platón, varón sapientísimo y eruditísimo de sus tiempos, que tanto habló de modo que cualquier cosa que dijera se hiciera grande, y habló aquellas cosas de modo que, de cualquier modo que las dijera, no se hicieran pequeñas; se dice que tras la muerte de Sócrates su maestro, a quien singularmente había amado, aprendió también muchas cosas de los pitagóricos. Pitágoras, sin embargo, no contento con la filosofía griega, que entonces o casi no existía, o ciertamente era ocultísima, después de que fue conmovido por las disputaciones de un cierto Ferécides de Siro, creyó que el ánimo era inmortal, habiendo oído a muchos sabios incluso peregrinando a lo largo y a lo ancho. Por tanto Platón, añadiendo a la gracia y sutileza socrática que tuvo en las cosas morales, la pericia de las cosas naturales y divinas que de aquellos que conmemoré diligentemente había recibido; y subyugando como formadora de aquellas partes y juez a la dialéctica, la cual o era ella misma la sabiduría, o sin la cual la sabiduría no podía ser en absoluto; se dice que compuso una perfecta disciplina de la filosofía, de la cual ahora no hay tiempo de disertar. Pues basta para

aquello que quiero que Platón sintió que hay dos mundos: uno inteligible, en el cual habitaría la verdad misma; y este sensible, que es manifiesto que nosotros sentimos por la vista y el tacto. Y por tanto aquel verdadero, y este verosímil (*veri simile*) y hecho a imagen de aquel. Y por eso, de aquel en aquella alma que se conociera a sí misma, la verdad como que se pulía y como que se serenaba; de este, sin embargo, en las mentes de los necios no ciencia, sino opinión podía generarse. Sin embargo, cualquier cosa que se hiciera en este mundo por aquellas virtudes que llamaba civiles, semejantes a las otras verdaderas virtudes que, salvo para unos pocos sabios, eran desconocidas, no podían ser llamadas sino verosímiles (*veri simile*).

38. Estas y otras cosas de este género me parece que entre sus sucesores, en cuanto pudieron, fueron conservadas y guardadas como misterios. Pues o no se perciben fácilmente estas cosas sino por aquellos que, limpiándose de todos los vicios, se han vindicado a una cierta costumbre más que humana; o no peca gravemente quienquiera que sabiéndolas quisiera enseñarlas a cualesquiera hombres. Por tanto Zenón, príncipe de los estoicos, cuando ya oídas y creídas ciertas cosas había venido a la escuela dejada por Platón, que entonces Polemón retenía, sospecho que fue tenido por sospechoso, ni pareció tal a quien aquellos decretos platónicos como sacrosantos debieran ser fácilmente revelados y encomendados, antes de que hubiera desaprendido aquellas cosas que, recibidas de otros, había llevado a aquella escuela.

Muere Polemón, le sucede Arcesilao, condiscípulo ciertamente de Zenón, pero bajo el magisterio de Polemón. Por lo cual, deleitándose Zenón con una cierta sentencia suya sobre el mundo, y máxime sobre el ánimo, por el cual la verdadera filosofía vigila, diciendo que era mortal, y que nada hay fuera de este mundo sensible, y nada se hace en él sino por el cuerpo; pues pensaba que incluso Dios mismo era fuego: Arcesilao me parece que prudentísima y utilísimamente, cuando aquel mal se arrastraba lejos, ocultó profundamente la sentencia de la Academia, y como oro que algún día ha de ser encontrado por los pósteros, lo enterró. Por lo cual, siendo la turba más presta a caer en falsas opiniones, y creyéndose facilísima pero nocivamente por la costumbre de los cuerpos que todo es corpóreo; instituyó aquel varón acutísimo y humanísimo desenseñar antes a los que padecía mal enseñados, que enseñar a los que no juzgaba dóciles. De allí nacieron todas aquellas cosas que se atribuyen a la Nueva Academia, porque los antiguos no tenían necesidad de ellas.

39. Porque si Zenón hubiera despertado alguna vez y hubiera visto que ni nada puede ser comprendido, sino de tal clase como él mismo definía, ni tal cosa puede ser encontrada en los cuerpos, a los que él atribuía todas las cosas; hace tiempo que este género de disputas, que con gran necesidad había ardido, se habría extinguido. Pero Zenón, engañado por la imagen de la constancia, según les parecía a los mismos académicos, y no deja de parecerme también a mí, fue pertinaz: y

aquella perniciosa fe en los cuerpos como pudo sobrevivió en Crisipo, quien le daba (pues era el que más podía) grandes fuerzas para difundirse más ampliamente; a no ser que desde aquella parte Carneades, más agudo y vigilante que todos los demás, hubiera resistido de tal modo que me admira que aquella opinión valiera algo incluso después. Pues Carneades primero depuso aquella como impudencia de calumniar por la cual veía que Arcesilao estaba no poco infamado, para no parecer que quería decir contra todo como por causa de ostentación: sino que se propuso arrancar y derribar propiamente a los mismos estoicos y a Crisipo.

CAPÍTULO XVIII.

De qué modo fue inducido lo probable por los académicos.

Después, como fuera presionado por todas partes con que si a ninguna cosa hubiera asentimiento el sabio nada haría (¡oh hombre admirable y hasta no admirable, pues de las fuentes mismas de Platón profluía!), atendió sabiamente qué clase de acciones aprobaban aquellos, y viendo que estas eran semejantes a no sé qué cosas verdaderas, llamó verosímil (*veri simile*) a lo que se seguiría para actuar en este mundo. Pues sabía peritamente a qué era similar y lo cubría prudentemente, y a eso también lo llamaba probable. Pues bien aprueba la imagen quienquiera que contempla su ejemplar. ¿De qué modo aprueba el sabio, o de qué modo sigue lo verosímil, cuando ignora qué sea lo verdadero mismo? Por tanto,

ellos conocían y aprobaban las cosas falsas en las que advertían una imitación laudable de las cosas verdaderas. Pero porque esto para los profanos no era ni lícito ni fácil de mostrar, dejaron a los pósteros, y a quienes en aquel tiempo pudieron, una cierta señal de su sentencia. Sin embargo, prohibían a los que eran bien dialécticos mover cuestión sobre las palabras, insultando e irridiendo. Por esto se dice que Carneades fue incluso príncipe y autor de la tercera Academia.

Después, hasta nuestro Tulio duró aquel conflicto, ya claramente herido y a punto de insuflar el último aliento a las letras latinas. Pues nada me parece más inflado que decir tantas cosas tan copiosa y ornatamente, no sintiendo así. Sin embargo, por cuyos vientos aquel pajizo platónico Antíoco fue bastante, según me parece, disipado y disperso. Pues las greyes de los epicúreos pusieron establos soleados en las mentes de los pueblos deleitosos. Ciertamente Antíoco, auditor de Filón, hombre a lo que juzgo muy circunspecto, que ya había empezado como a abrir las puertas a los enemigos que cedían, y a revocar la Academia y las leyes a la autoridad de Platón; aunque también Metrodoro había intentado hacer eso antes, quien se dice ser el primero que confesó que no había placido a los académicos por decreto que nada puede ser comprendido, sino que necesariamente habían tomado armas de este género contra los estoicos: por tanto Antíoco, como había empezado a decir, oídos el académico Filón y el estoico Mnesarco, se había introducido como ayudante y ciudadano en la Academia vieja, como

vacía de defensores y como segura por no haber enemigo, introduciendo no sé qué de mal de las cenizas de los estoicos que violara los santuarios de Platón. Pero a este, tomadas de nuevo aquellas armas, también Filón resistió hasta que murió, y nuestro Tulio oprimió todas sus reliquias, impaciente mientras vivió de que se debilitara o contaminara cualquier cosa que hubiera amado: así, después de aquellos tiempos, no por un largo intervalo, muerta ya toda pervicacia y pertinacia, aquel rostro de Platón que es purísimo y lucidísimo en la filosofía, apartadas las nubes del error, brilló, máxime en Plotino, que como filósofo platónico fue juzgado tan semejante a él que parecería que hubieran vivido juntos, pero hay tanto de tiempo que debe pensarse que aquel revivió en este.

CAPÍTULO XIX.

Múltiple género de filosofía.

42. Por tanto, ahora no vemos comúnmente filósofos sino cínicos, o peripatéticos, o platónicos. Y cínicos ciertamente, porque les deleita una cierta libertad y licencia de vida. En cuanto a lo que sin embargo pertenece a la erudición y a la doctrina, y a las costumbres por las que se mira por el alma, porque no faltaron hombres acutísimos y solertísimos que enseñaran en sus disputas que Aristóteles y Platón de tal modo concuerdan entre sí que a los imperitos y menos atentos parecen disentir; por muchos siglos ciertamente y muchas contiendas, pero sin embargo se ha

decantado, según opino, una sola disciplina de la filosofía más verdadera. Pues esa no es la filosofía de este mundo, que nuestras cosas sagradas con todo merecimiento detestan, sino de otro mundo inteligible; al cual esta razón sutilísima nunca revocaría a las almas cegadas por las multiformes tinieblas del error y manchadas por las profundísimas suciedades del cuerpo, si el sumo Dios por una cierta clemencia popular no declinara y sometiera la autoridad del intelecto divino hasta el cuerpo humano mismo; por cuyos no solo preceptos, sino también hechos, las almas excitadas pudieran volver a sí mismas y mirar de nuevo a la patria, incluso sin la concertación de las disputas.

CAPUT XX.

Conclusión de la obra.

43. Esto me he persuadido entretanto probablemente sobre los académicos, según pude. Lo cual, si es falso, nada me importa, a quien le basta ya no juzgar que la verdad no puede ser encontrada por el hombre. Quienquiera que sin embargo piense que los académicos sintieron esto, escuche al mismo Cicerón. Pues dice que era costumbre de ellos ocultar su sentencia, y que no solían abrirla a nadie sino al que hubiera vivido con ellos hasta la vejez. Cuál sea sin embargo esta, Dios lo verá; la juzgo sin embargo haber sido la de Platón. Pero para que recibáis brevemente todo mi propósito; de cualquier modo que se tenga la sabiduría humana, veo que yo aún no la he percibido. Pero como estoy en el trigésimo tercer

año de mi edad, no juzgo que deba desesperar de que alguna vez la alcanzaré. Despreciadas sin embargo todas las demás cosas que los mortales juzgan bienes, me he propuesto servir a investigar esta. De cuyo negocio, puesto que las razones de los académicos no levemente me disuadían, estoy suficientemente, según juzgo, munido contra ellas por esta disputa. Para nadie sin embargo es duda que somos impulsados a aprender por un doble peso, de la autoridad y de la razón. Para mí sin embargo es cierto no apartarme en absoluto de la autoridad de Cristo: pues no encuentro otra más válida. En cuanto a lo que sin embargo ha de ser perseguido por la razón sutilísima; pues de tal modo estoy ya afectado, que qué sea lo verdadero, no solo creyendo, sino también entendiendo, deseo impacientemente aprehender; confío que entretanto encontraré entre los platónicos lo que no repugne a nuestras cosas sagradas.

44. Aquí, después que vieron que yo había puesto fin al discurso, aunque ya era de noche, y algo incluso se había escrito traída una lámpara; sin embargo, aquellos adolescentes esperaban intensísimamente si Alipio prometería que respondería en otro día. Entonces él: Estoy dispuesto a afirmar, dijo, que nada me ha sucedido alguna vez tan según mi deseo, como el que me retire vencido de la disputa de hoy. Ni juzgo que esta deba ser mi alegría solamente. La comunicaré por tanto con vosotros, mis competidores o jueces nuestros. Puesto que este pacto de ser vencidos por sus pósteros, tal vez incluso los mismos académicos lo desearon. Pues ¿qué podría pare-

cernos o exhibirse más placentero que esta gracia del discurso, qué más pesado por la gravedad de las sentencias, qué más pronto por la benevolencia, qué más perito por la doctrina? En absoluto puedo admirar dignamente que las cosas ásperas hayan sido tratadas tan elegantemente, las desesperadas tan fuertemente, las convictas tan moderadamente, las oscuras tan dilucidamente. Por lo cual ya, socios míos, convertid vuestra expectativa, con la que me provocabais a responder, con esperanza más cierta al aprendizaje conmigo. Tenemos un guía que nos conduzca a los mismos arcanos de la verdad, mostrándolos ya Dios.

45. Aquí yo, cuando ellos mostraban en su rostro un cierto afán pueril, como si estuvieran defraudados porque Alipio no parecía que iba a responder: ¿Envidiáis, dije sonriendo, mis alabanzas? Pero puesto que ya seguro de la constancia de Alipio nada temo de él; para que también vosotros me deis gracias, os instruyo contra aquel que ofendió tanta intención de vuestra expectativa. Leed los Académicos; y cuando hayáis encontrado allí a Cicerón como vencedor (pues ¿qué más fácil?) de aquellas naderías, sea este obligado por vosotros a defender este nuestro discurso contra aquellas cosas invictas. Te devuelvo, Alipio, esta dura recompensa por mi falsa alabanza. Aquí, habiéndose reído, pusimos fin a tan gran conflicto, no sé si firmísimo, pero sin embargo más modesta y rápidamente de lo que yo había esperado.